





TRÓPICO DISTANTE  
CRÓNICAS DEL SURESTE



COLECCIÓN LITERATURA  
Serie Crónicas • Isidoro Pedrero Totosaus

---

Salma Abo Harp

TRÓPICO DISTANTE  
CRÓNICAS DEL SURESTE

**CULTURA**

SECRETARÍA DE CULTURA





GOBIERNO DE  
**MÉXICO**

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Es-tatales de Cultura (AIEC) 2020

Primera edición: 2020

© Salma Ivette Abo Harp Valenzuela

D. R. © 2020, Secretaría de Cultura  
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124  
Fraccionamiento Portal del Agua  
Colonia Centro, Villahermosa  
C. P. 86000  
Tabasco, México

Los autores son responsables de la selección y presentación de los hechos y materiales que figuran en esta publicación y de las opiniones en ella expresadas, que no son necesariamente las de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Tabasco y no comprometen a la institución.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-10-5

Impreso en México - *Printed in Mexico*

## Las llamas del edén

*Ven, ven, ven, vamos a Tabasco que Tabasco es un edén*  
Pepe del Rivero, «A Tabasco»

El peligro huele a gas. El peligro emana de un gasoducto fisurado de cuarenta y ocho pulgadas en Huimango, Cunduacán. La señal de alerta se activa en el cerebro de los técnicos de Pemex, quienes desde esa tarde trataban de reparar el ducto. El instinto de supervivencia prepara los cuerpos de los empleados de la paraestatal; la sangre fluye hacia las piernas y empieza la huida. «¡Hay que correr, esto puede explotar en cualquier momento!»; así grita un hombre con casco blanco mientras huye. El delegado de Huimango emite la alarma. Hombres, mujeres y niños corren lejos del dren ubicado sobre el kilómetro 22 de la carretera Comalcalco-Cunduacán, en Tabasco, la noche del viernes 8 de julio de 2005, cerca de las 10:30 p. m.

Mientras, la nube de gas avanza hacia el norte siguiendo el cauce del dren W28, a su paso se encuentra el poblado Benito Juárez segunda sección, ubicado en Jalpa de Méndez. La alarma no llega a Benito Juárez. En pocos minutos, alrededor de ocho casas a orillas del dren sufrirán el efecto de la combinación de gas amargo y fuego. En cuestión de segundos, la noche se volverá roja.



Unos dicen que la explosión se originó por el fuego de unas velas en un altar, otros que la originó el fogón de una cocina. La única certeza esa noche fue que la explosión del gas reventó las líneas eléctricas y los transformadores a su paso.



Antonio Miranda Xicoténcatl jaló tan fuerte como pudo el cuerpo de su esposa Francisca. Con cincuenta y cuatro años, le fue difícil cargar sin ayuda a una persona robusta y enferma de parálisis, pero las llamas que rodearon su casa cerca de las once de la noche le dieron la fuerza para sacarla de la cama, sentarla en la silla de ruedas y empujarla hasta salir de la casa. A pocos centímetros de la puerta, la silla chocó con un obstáculo que estaba en el suelo, impulsando a Francisca hacia adelante; su frente golpeó el marco de la puerta y la sangre brotó sobre su ceja derecha. Antonio tomó de nuevo a su esposa en brazos y la subió a la silla para salir de las llamas. Cuando el fuego amenaza tu vida, solo tienes en mente una cosa: huir.

Al llegar a la sala, Antonio decidió cambiar la silla de ruedas por la carreta azul que se encontraba en su patio, era la más idónea para cruzar el camino de tierra que los sacaría de ese infierno. Corrió, cruzó el corredor de madera que se caía a pedazos por culpa de las llamas, y al llegar al patio, no demoró en tomar la carreta; aunque rodeado por el fuego, para Antonio este solo era un visaje. No había tiempo para ver cómo las llamas teñían la noche de naranja y rojo, quemando los árboles vivos como si ya estuvieran secos.

Diez años después, en este pedazo de tierra, escenario del viernes rojo, hay solo ruinas con paredes grises y negras que la naturaleza ha cubierto de verde, como tratando de ocultar la tragedia causada por el gas, el verdugo casi invisible, que para Antonio llegó como un sereno con olor a azufre. El infierno estaba ahí, rodeando, esperando la chispa que encendería su calor.

Pero en 2005, Antonio está de nuevo en la sala, listo para sacar a su esposa de la silla de ruedas y sentarla en la carreta azul. Eran muchos kilos a cuestas, con el enemigo murmurando su peligro a centímetros de la pareja. Antonio tomó a Francisca por la cintura y entonces llegó el relámpago que marcó las manos y pies de Antonio, expandiendo una luz por la sala en forma de llamas.

El relámpago fue la explosión de un transformador ubicado sobre un poste de madera en la esquina de su casa que provocó más fuego. Las flamas incendiaron el vestido de Francisca, expandiéndose sobre su costado derecho. Ella nada podía decir o hacer; la enfermedad que paralizó su cuerpo dos años atrás la relegó al simple papel de espectadora. Se expresaba con la mirada, sus quejas solo eran gemidos.

Antonio agitó frenéticamente sus manos sobre el fuego que incendiaba a su esposa; ignoró el ardor en sus pies y en sus manos de jornalero que también se quemaban hasta que logró subir a Francisca a la carreta para seguir la huida.



Dejas atrás la hamaca colgada en la sala; en pocos minutos no será más que trapos quemados. Dejas atrás la silla de ruedas de tu esposa; en unos días ella morirá. Dejas atrás la casa donde creciste, a tus patos que nadaban en el río y a tus gallinas que serán robadas mañana cuando el fuego haya cesado. Dejas atrás a la nauyaca de

casi dos metros que no sabías que vivía en tu patio, en el tronco de una ceiba; de todas formas, el fuego también la matará.



El gas amargo que mató a seis personas en Benito Juárez segunda sección emanó de una fuga en un gasoducto de cuarenta y ocho pulgadas que se encontraba en el fondo de un cuerpo de agua, debajo del puente La Mona, sobre la carretera Cunduacán-Comalcalco. En una entrevista al entonces subdirector de Pemex en el año 2005, Carlos Morales Gil, publicada en el diario *Tabasco Hoy*, él explica que el ducto medía 367 kilómetros de longitud y transportaba 118 millones de pies cúbicos diarios de gas amargo desde la terminal marítima de Dos Bocas a La Trinidad, en Cunduacán, Tabasco. Al momento de la explosión el ducto tenía veintiún años de antigüedad. Los habitantes de las comunidades cercanas alegan que los directivos de Pemex nunca habían dado mantenimiento al ducto, también señalan que una máquina jumbo que realizaba maniobras en la tarde de ese viernes fue la que originó la fisura.

La nube de gas encontró una fuente de ignición después de desplazarse un kilómetro con dirección norte y se encendió en los alrededores de las casas Xicoténcatl. El incendio siguió la misma dirección por la que había venido hasta regresar al ducto. Amanda Sánchez Martínez, una mujer de tez blanca y ojos verdes, quien en julio de 2005 era la delegada de la comunidad Benito Juárez segunda sección, me detalló que protección civil de Pemex consideró que el accidente no fue una explosión. Ellos le explicaron que el fuego se originó a causa de un incendio ya que, si el ducto hubiera explotado, gran parte de Benito Juárez no existiría.

La noche del viernes 8 de julio, la delegada se encontraba en su casa, ubicada a un costado de una carretera que conecta Benito Juárez con la «vía corta», como se le conoce entre los tabasqueños a la autopista Dos Bocas-Frontera. Amanda estaba junto a su madre, su esposo y sus hijas. No había mucho que hacer en un poblado de 2326 habitantes. A las 10:35 p. m. un sonido parecido a una fuerte detonación interrumpió la monotonía de la noche. La delegada corrió a su patio frontal y observó que a más de un par de kilómetros detrás de su casa las llamas iluminaban la noche.

«De repente se va la luz, no se sabe qué es, pero se escucha una detonación fuerte. Fue cuando la gente empezó a correr hacia acá, gritaban ‘¡Hay explosión!’ y se vio el cielo rojo. Estábamos retirados, pero se veía la claridad... Las llamas ardían por lo menos a esa altura», explica Amanda señalando una palma que se encuentra frente al patio frontal de su casa.

«Me subo en el primer vehículo que encuentro y voy para allá y mi marido empezó a sacar a la gente, pero era un terror de la gente; en el carro, todo el mundo se quería subir. Fue espantoso», pronunció esta última palabra bajando el tono de voz, como si el adjetivo le quitara el aire de los pulmones y saliera de la boca con dificultad.



Las tres ambulancias que avanzaron con las sirenas encendidas alumbrando la noche de rojo, sobre la avenida Ruiz Cortines hacia las afueras de la ciudad, despertaron el instinto del fotoperiodista Jaime Ávalos. Cubrir nota policiaca y diez años en el periodismo le enseñaron a seguir estas señales.

«Ver una ambulancia era sinónimo de un accidente; dos ambulancias era un choque con muertos o heridos; tres ambulancias,

el asunto estaba grave. Eso era para nosotros como un código: que estaba bueno el asunto», dice Jaime mientras me relata la noche del 8 de julio de 2005. El fotoperiodista tiene la piel morena, cejas grandes, labios gruesos; a veces da la impresión de reírse cuando está explicando algo, quizá sean los nervios. Lo conocí cuando él impartía una charla sobre fotografía, hace más de un año. Su sonrisa y su voz, que a ratos se deja de oír, ya sea para tomar aire o porque está pensando la siguiente oración, quedaron grabadas en mi mente. En septiembre de 2015 accedió a hablar conmigo para explicar la historia detrás de las fotos de la explosión en 2005.

Jaime y Juan Alejandro, reportero y compañero en el diario *Tabasco Hoy*, vieron pasar el convoy de ambulancias mientras ellos salían en la motocicleta en la que se transportaban del Parque Museo La Venta, en Villahermosa, Tabasco, a cuarenta y dos kilómetros de Huimango.

«Nos fuimos siguiendo la ambulancia, pero me acordé que no traíamos gasolina, y entre mi compañero y yo juntamos veinte pesos en monedas y seguimos. Las ambulancias ya nos habían dejado, pero nosotros íbamos a ver qué encontrábamos. En algún punto íbamos a encontrar algo», recuerda Jaime.

La búsqueda por la nota siguió. Al llegar al paso Cunduacán, los reporteros divisaron vallas colocadas a lo ancho de la carretera y a policías de tránsito impidiendo el paso de los vehículos con dirección a Cunduacán. Jaime y Juan tenían la versatilidad de la moto de su lado. «Como andábamos en moto, nos colamos. Ya se alcanzaban a ver las llamas. Algo fuerte estaba pasando», dice Jaime.

En la entrada a la ciudad de Cunduacán, otro retén impedía el paso de los vehículos, pero Jaime cuenta que aceleraron la motocicleta para burlar la seguridad. Un tercer retén les esperaba después de cruzar Cunduacán, unos kilómetros antes de Huimango en donde los policías tenían acordonada la zona.

Jaime conocía los recovecos de ese lugar. Además, un niño los guio por un camino que les permitió rodear la carretera y salir hacia el puente que cruzaba el cuerpo de agua donde el ducto expulsaba gas; fue como un pequeño Virgilio guiando a Dante al fuego intenso, al Infierno en el Edén. Las llamas salían del agua; de la vida salió el verdugo que esa noche provocó la muerte de seis personas. Jaime enfocó con su Canon 20D y capturó su primera foto: en la imagen se observa la silueta de tres personas paradas sobre el puente y en el fondo las llamas rojas de casi treinta metros de altura iluminando la oscuridad.



«Lo que a nosotros nos jodió no fue el fuego, fue la luz eléctrica la que nos quemó», relata don Antonio Miranda Xicotécatl, sentado frente a mí en una silla de madera, con sesenta y cuatro años de edad. Tiene la piel morena de quien trabaja bajo el sol, lo poco que queda de su cabello parece polvo gris esparcido por su cabeza. Desde mi silla puedo ver las cicatrices; los tatuajes que el fuego grabó en sus brazos y pies aquel viernes de verano que mató a seis personas, entre ellas su madre, Francisca Xicotécatl Vicente, de setenta años; su esposa, Francisca Xicotécatl Domínguez, de cincuenta y seis años; y su hijo Marcos Miranda Xicotécatl, de diecisiete años.

Don Antonio me recibe en el corredor de la casa que construyó bajo la sombra de un almendro con el dinero de la indemnización de Pemex, ubicada en Benito Juárez primera sección. La tarde es calurosa, el sol está arriba, calentando con su luz al trópico, rodeados por el color verde de los árboles de cacao y el sonido de pavos y gallinas. Han pasado diez años desde aquel viernes de julio. La decisión de quedarse a vivir en

el campo quizá la explique toda una vida como jornalero. A este hombre su padre le enseñó desde pequeño el trabajo duro en los campos, con el sol de Tabasco tostando su piel, mientras sembraba maíz, café y arroz.

«En ese tiempo no jornaleaba, le estaba haciendo un atole a mi esposa para que cenara y se durmiera. La atendía como si fuera una niña. Entonces fue cuando oímos la explosión», cuenta don Antonio.

Don Antonio tiene ganas de relatar, esas ganas que vienen con la vejez. Adoptó una postura cómoda. Sentado, extiende sus piernas sobre una silla y descansa las manos sobre su regazo, pero cuando el relato llega a momentos de tensión, sus manos abandonan la comodidad y se elevan sobre su cabeza; suben, bajan, simulan que levantan algo, ya sea a su esposa Francisca, a quien logró sacar del fuego empujando una carreta azul, ya sea a su hijo Marcos, a quien encontró en el suelo boca abajo, sobre el camino de tierra, con las llama saliéndole del espinazo, quemándolo de pies a cabeza, mientras se le apagaba la vida.



«Estaba todo el lugar quemado, no sé cuánto abarcó a la redonda», me dice Jaime al explicar la escena que tenía ante sus ojos. Jaime caminaba sobre la carretera, a pocos metros de la fuga de gas que expulsaba llamas. Logró ver a los carros bomba que habían llegado horas atrás para tratar de controlar la fuga, quemándose. Lo mismo ocurrió con más de una docena de vehículos que pertenecían a personal de Pemex y a particulares estacionados a lo largo de la vía corta. «Había como dieciséis», dice Jaime.

—¿Murió gente? —le pregunto.

—Platiqué con unos de Pemex que corrieron hasta que se cansaron. Estaba tomando fotos del lado de Cunduacán de los carros quemados, quería cruzar al lado de Comalcalco. Entonces la ambulancia entró a buscar a unos heridos, pero ya no la alcancé. Quise cruzar el puente... Eso estaba intenso, era un horno, no pude cruzar. Lo que sí me enteré era que habían muertos del otro lado, por eso quería cruzar.

Jaime siguió fotografiando a los carros quemados, el carro bomba, a los bomberos que vio llegar para apagar el incendio. En una foto se observa a dos bomberos con manguera en mano apagando las llamas de un vehículo. En la imagen priman de nuevo los colores negros de la noche y los matices naranjas y rojos de las llamas. Estos mismos colores pintan una fotografía en la cual siete árboles quemados posan con sus ramas sin hojas, al fondo se ven las flamas producto de la fuga de gas.

«Después llegó el Ejército, que no dejaba pasar», narra Jaime, «pero nosotros estábamos adentro. Llegó la seguridad de Pemex. Como en ese momento es caos, pues ni te tocan, no te dicen nada, no se dan cuenta. El centro donde había estado la fuga estaba horrible. Me bajé tantito a la cabeza del puente a hacer una foto, era intenso. Le avisamos a nuestro jefe que estábamos en la explosión, pero como ya habían cerrado edición, nos dijo que nos fuéramos. Hice una foto rápido de la gente que estaban evacuando». Entre estas últimas fotos que tomó Jaime, un señor pedalea un triciclo con una señora a bordo, tratando de alejarse del lugar.

Cuando Jaime y Juan llegaron a las oficinas del diario *Tabasco Hoy*, el director editorial, Héctor Tapia, emitió la orden de que pararan las máquinas. La edición ya había cerrado y el ejemplar de esa noche se estaba imprimiendo.

—Al ver el material, el director pregunta: «¿Llevamos las fotos en grande?». Y le respondo que no sé, pero volvió a preguntar: «¿La llevamos o no la llevamos?». Le dije que sí.

Cuenta Jaime, orgulloso. Su orgullo nace porque en 2005 el diario no publicaba fotografías que abarcaran toda la portada. Su foto fue la excepción.

«*Tabasco Hoy* tomó una decisión. El director olió la noticia y dijo «Esto va». En el aspecto de las fotos siempre hay que contextualizarlas; la portada es una parte del camión quemándose, las llamas y un bombero caminando», explica Jaime. «Lástima que no guardé el diario que ya se estaba imprimiendo», lamenta el fotoperiodista, a diez años de esa noche.



La nube de gas se encendió cuando Marcos Xicoténcatl, de diecisiete años, hijo menor de don Antonio, estaba afuera de la casa. Sorprendido por el fuego, el adolescente corrió a esperar debajo del poste de electricidad que sostenía al transformador que provocó su muerte. Cuando el transformador explotó, junto a él se encontraba su abuela Francisca Xicoténcatl Vicente, a quien la primera explosión —la provocada por el gas amargo— la hizo huir de la casa y resguardarse al lado de su nieto. Ambos ignoraban el peligro que representaba situarse cerca de un transformador eléctrico en medio de un incendio.

Cuenta don Antonio que la primera víctima del viernes rojo fue doña Yolanda Xicoténcatl Álvarez, de sesenta y cuatro años. Los vecinos dicen que el esposo de doña Yolanda solía cerrar con un candado el portón, y que cuando ella trataba de abrirlo apurada por las llamas, las líneas de electricidad reventaron, cayéndole encima y matándola casi al instante. Encontraron su cuerpo justo en la entrada de su casa.

La segunda víctima fue José de la Cruz, amigo cercano de don Antonio, padre de tres niños, quien solía guardar su motocicleta

en la sala, junto a un bidón de gasolina. Mientras José sacaba a sus hijos de la casa en llamas, la moto y el bidón explotaron.

El hermano de don Antonio, Lázaro, al enterarse de la explosión se trasladó a la casa de la familia y usó su bicicleta para transportar a su madre Francisca hasta llegar a la ambulancia que los esperaba en la entrada del camino que conducía a las casas Xicoténcatl. Después de que don Antonio recorrió el camino de tierra empujando la carreta azul sobre la que iba su esposa hasta alcanzar la ambulancia, regresó a auxiliar a su hijo Marcos.

—Cuando lo encontré votado, me dice «Pa', venme a apagar el fuego, ve cómo estoy». Como estaba embrocado en el espinazo, salía el fuego desde la punta del pie hasta la cabeza. Aguantó a caminar desde mi casa hasta acá doña Magnolia, unos quinientos metros— dice don Antonio. Después usó la carreta azul para transportar a su hijo a la segunda ambulancia que llegó a auxiliar a los Xicoténcatl.

—Íbamos cuatro: José de la Cruz, mi mamá, Marcos y yo. Vi a mi mamá tirada en el piso de la ambulancia completamente quemada, duró tres días viva. Marcos se quemó todo el cuerpo. Marcos, el hijo más chico de don Antonio, murió el lunes siguiente. Su esposa Francisca falleció el fin de semana.



Los tabasqueños sabemos que el agua también es sinónimo de muerte. Vivimos rodeados de ríos que riegan la tierra fértil tabasqueña —la «tierra buena», se escucha en una canción que en su coro invita a visitar el edén tabasqueño—. Cuando comienza la temporada de lluvias, en octubre, al viajar por las carreteras de Tabasco y cruzar los puentes, es casi inevitable voltear la mirada para observar los grandes ríos y medir el nivel

de estos; las inundaciones en el estado son cosa frecuente. En la gran inundación del 2007, los ríos reclamaron el espacio que los tabasqueños invadieron, llevándose vidas como tributo.

En 2005, en Huimango, Cunduacán, el dren W28 —conocido también como un río entre los vecinos— transportó gas sobre su cauce; el gas les llevó fuego a los habitantes de Benito Juárez segunda sección. El río se encendió como un hilo de fuego, recuerda Amanda Sánchez, entonces delegada de la comunidad. Nunca olvidará a las vacas aún vivas con la piel pelándose y cayendo a pedazos.

Para el fotoperiodista Jaime Ávalos, la escena que presencié el día siguiente al regresar a Benito Juárez quedó fijada en su mente. No olvida las casas calcinadas, los televisores derretidos, la espalda quemada de la gente que logró huir. No olvida al becerrito chamuscado, con la piel dura, y el horrible sonido de su respiración. Para Jaime, lo que vio ese día fue como un cuadro de Dalí: surreal.

La carretera estatal Reforma-Dos Bocas atraviesa campos verdes donde las vacas pastan. Al dejar atrás Cunduacán, sobre el camino se observa a campesinos vendiendo el producto de su cosecha. Hombres, mujeres y niños ofrecen plátanos y naranjas en tiendas improvisadas, colocadas cada cientos de metros a los lados de la carretera. Los racimos de plátano verde cuelgan de palos colocados horizontalmente, las tiendas usan lonas recicladas como techo que antes promocionaban algo o a alguien. Las naranjas se venden en costales rojos o amarillos transparentes.

A la altura del kilómetro 22, la carretera atraviesa un puente. Bajo este se encuentra el dren W28 con sus casi tres metros de ancho. Hay plantas verdes cubriendo su lecho. En el fondo se encontraba el gasoducto de gas amargo que se fisuró en 2005 y que escupió fuego después de encenderse. El dren se extiende hasta el horizonte, los árboles y plantas a su alrededor apenas dejan ver el agua que lleva; desde el puente se

divisa a seiscientos metros de distancia un pequeño puente de tubos que cruza el dren y conecta el camino de tierra que pasa frente a las casas de las familias Xicoténcatl.

En un minuto y treinta segundos, manejando a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora se recorre la distancia que separa el origen de la fuga con la primera casa Xicoténcatl. El personal de Pemex y de Protección Civil, en las casi cuatro horas que transcurrieron desde que se detectó la fuga cerca de las 17:30 horas hasta que esta se salió de control alrededor de las 21:40 horas, no alertó a las familias. El error mató a seis personas, hirió a más de una decena, entre ellas cinco niños.

Para llegar a las casas Xicoténcatl solo tienes que recorrer quinientos metros desde el puente del kilómetro 22 hasta la entrada del camino de terracería. Lo primero que llama la atención es un oleoducto blanco ubicado a la izquierda, dentro de un terreno lleno de maleza. Siguiendo el pequeño camino de tierra en el que apenas entra un vehículo, se llega a las primeras dos casas que desde 2005 están deshabitadas. Una frente a otra no son más que ruinas grises.

En la casa ubicada a orillas del camino, sobre el lado izquierdo, solo quedan las paredes grises con manchas negras. Un pequeño árbol de papaya adorna la entrada, a menos de un metro de lo que solía ser la sala con su piso azul. La casa está dividida en tres pequeñas secciones que solían ser cuartos. Dentro de un cuarto, sobre la pared blanca, alguien dibujó dos huesos cruzados con un cráneo en el centro. En el lado derecho del camino, se ubica otra ruina que solía ser el hogar de alguien. La maleza ha cubierto la entrada de la casa, al parecer nadie se ha acercado aquí en meses.

Siguiendo el camino de tierra se llega a la tercera casa. La maleza apenas deja ver la edificación, lo ha inundado todo. Un portón con pedazos de pintura azul, ahora oxidado, custodia

la entrada. La mala hierba se ha enredado en el portón, lo ha cubierto de verde. Este fue el lugar donde doña Yolanda murió. Observo las líneas de electricidad que pasan sobre mi cabeza y pienso en la mala suerte de doña Yolanda. El portón que la cuidaba provocó su muerte; mientras ella intentaba abrirlo, las líneas de electricidad cayeron.

Sigo el caminito de tierra. Son casi las seis de la tarde, diversos sonidos provienen de la vegetación verde a los lados del camino. Solo adivino el sonido de los grillos y el cantar de algunos pájaros. He encontrado tres casas abandonadas, deberían ser más. Trato de verlas entra la maleza, sin éxito. El color verde ha cubierto todo. Sigo las líneas de luz hasta toparme con el transformador que fue el terror de don Antonio. En su casa me dijo que le provocan miedo las líneas de electricidad y el nuevo transformador que llegó a suplir al que explotó. Al llegar al puente tubular, oteo hacia la derecha, hacia el dren W28. Veo los carros cruzar el puente sobre la vía corta y sigo el camino de la carretilla azul que transportó los cuerpos quemados. El río trajo fuego, no agua; volvió rojo el verde del Edén.

*Jalpa de Méndez, Tabasco, agosto de 2015*

## La ruta de la selva

La carretera avanza entre campos verdes, parcelas de maíz y retazos de selva. Los cerros enmarcan el paisaje de medio día en Palenque, Chiapas, el estado con más personas en situación de pobreza de México. Este estado sureño también comparte 965 kilómetros de frontera con Guatemala, y es un lugar de paso para los miles de migrantes centroamericanos que se internan en la ruta de la selva durante días para tomar el tren en la estación de Palenque. El sur de México es su penúltimo paso hacia el norte.

Es un domingo de febrero de 2017. Acompaño un par de kilómetros a Wilmer, un hondureño de veintitrés años con orejas grandes, cabeza pequeña, cuerpo delgado. Al caminar, lo mejor es andar en el asfalto, sobre la orilla, porque si lo intentas por el costado, las pequeñas zanjas y la maleza dificultan la marcha. Es una hora pasada las doce, en algún punto de la carretera que conecta Palenque con Chancalá. En siete horas será de noche y el verde se hará negro. Wilmer y el grupo de seis que lo acompaña lo tienen presente en cada paso que apuran para llegar a su destino.

En la carretera, el chico con la H de Honduras tatuada en el brazo izquierdo, me dice que en su país natal le pagaban cincuenta lempiras por cada volqueta que llenaba con arena. Es la cuarta vez que viaja al norte porque en los *estados* podrá ganar en una hora de trabajo el equivalente a una buena jorna-

da «jalando arena en volqueta de río», o sea diez dólares, poco más de doscientos cincuenta lempiras. Somos cuatro mexicanos caminando cerca de una hora junto al grupo donde el más grande no pasa los veinticuatro años. Les hemos pedido que nos cuenten los motivos de su éxodo. Bajo el sol de invierno y el aire fresco soplando el camino, el frío inicial entre personas que nunca se han visto se ha tornado más templado. La lengua de Wilmer se suelta ante mis preguntas.

—¿Cuántas veces has hecho la ruta al norte?

—Cuatro. La primera pasé de dieciséis.

—¿Es usual que empiecen tan jóvenes? —esta pregunta la lanzo a él y a su primo, Alexis, chico de cuerpo rechoncho de dieciséis años con el que salió de Cedros, un pueblo de calles empedradas y casas con tejas café, de casi cinco siglos de viejo, ubicado en el departamento San Francisco Comayagua, al centro del Honduras. Dice Alexis que camina por primera vez hacia el norte junto a Wilmer y Jeremy, el mayor entre los tres primos de Cedros.

—Mire ella de cuánto va —dice el gordito, dirigiendo la mirada hacia la pequeña de cuatro años que viaja junto a su madre en este grupo de siete—, y hay algunos que vienen en proceso todavía— añade mientras ríe.

—Atrás vienen unos morros de doce años. Son tres —agrega Wilmer.

—¿Y vienen solos?

—Solos, sí.

Wilmer es el mayor y único hombre de tres hijos, estudió hasta séptimo grado. Le faltaron dos para terminar el último ciclo de nivel básico. Dice que se va a trabajar a los *estados*. Hace cuatro meses hizo su tercer intento para cruzar la frontera norte. Con cuatro galones de agua y una mochila llena de comida cruzó el desierto; le tomó seis días llegar a Phoenix,

Arizona. La gloria de sobrevivir a un desierto que ha matado de hipotermia, deshidratación y golpes de calor el sueño de miles de migrantes mexicanos y centroamericanos la sintió menos de una hora.

—Ya que llegué, estábamos en un montecito, nomás esperando el carro que nos iba a ir a traer, y como estábamos como a media hora de la mera ciudad de Phoenix, Arizona, nos cayó el helicóptero. Éramos ocho, con el guía éramos nueve, un bato de aquí de México. Lo agarraron también a él. Todos torcimos ese día.

Una nota de *El País* con fecha del 28 de junio de 2015 dice que, desde inicios de siglo, una media de 170 cuerpos ha sido recuperada cada año en el desierto de Arizona, el lugar más peligroso para entrar a Estados Unidos sin documentos, según la Patrulla Fronteriza. Hasta junio de 2015, en Arizona, la morgue de Tucson ha logrado identificar el 65 por ciento de los 2330 cuerpos de migrantes recuperados desde 2001; para finales de 2014 existían 800 cuerpos sin identificar.

—¿Te hubiera gustado seguir estudiando?

—No. El pedo es que en Honduras estudia uno, se gradúa y todo, pero para nada. Para andar en la calle porque no hay chamba. Es mejor sacar un oficio. En Honduras sale mejor sacar un oficio que estudiar porque con un oficio, uno de volada agarra algo, como le digo, un oficio de electricidad, mecánica, algo así. Vale más que estudiar y graduarse, nooombre no sirve para nada.

—¿Cuántos quedaron en tu pueblo?

—Ahorita son pocos los que han quedado. Todos andamos acá. Ahorita acá adelante van como unos cuatro o más que nos están esperando. De ahí mismo del pueblo donde nosotros, *namás* quedaron como unos diez morros, morrillos, así como este cuate— dice en referencia al gordito.

—¿Será que ellos se animen en un futuro?

—Sí, ahorita sí, vienen atrás de nosotros. Ahorita Honduras se está quedando pobre, porque no hay trabajo, no hay dinero, dinero hay, pero no hay trabajo.

—¿Políticos?

—Todo se lo roban ellos, el presidente, todo se lo roban. Ellos son los que se hacen ricos y uno pobre. Yo por eso no le doy el voto a ningún bato de Honduras.

—¿Nunca has votado?

—Nunca. Ni votaré. Mejor me corto el dedo antes de ir a votar por alguien. Tã cabrón.

—¿En tu zona hay maras? —pregunta alguien.

—No, gracias a dios no. Ahí en la zona de donde soy nada más somos puros mojados. Así le dicen a uno pues, mojado. No nos mojamos, pero ahí vamos.

Ahí van los siete migrantes hondureños cruzando México, en un éxodo que inició en la década de los años 80, resultado de diferentes causas, todas interconectadas, que siguen provocando el desplazamiento forzado de los habitantes del Triángulo del Norte de Centroamérica. El guerrillero y político salvadoreño, Joaquín Villalobos, escribió el 1 de septiembre de 2014: «En un poco más de medio siglo los centroamericanos han sufrido 12 golpes de Estado, una revolución, cuatro guerras, un genocidio, una invasión estadounidense, 18 huracanes y tormentas tropicales y ocho terremotos. A los 320 mil muertos por las guerras de los ochenta, se han sumado en los últimos 14 años más de 180 mil homicidios por la delincuencia».

La investigadora Amarela Varela Huerta retomó el concepto «necropolítica», de Achille Mbembe, para explicar a las sociedades centroamericanas: «Si echamos un vistazo a la vida cotidiana de quienes sobreviven en Centroamérica a la violencia gestionada por el Estado —publicó la profesora de la Uni-

versidad Autónoma de la Ciudad de México en noviembre de 2015— descubriremos que la migración de centroamericanos es forzada y que los niños, adolescentes y jóvenes que se fugan de este escenario son supervivientes que se movieron del lugar de *muertos-en-vida* que el capitalismo les asignó para buscar en la migración el derecho a la vida vivible».

Centroamérica posee la tasa más alta de asesinatos en América Latina, su índice de homicidios es de 35.4 por cada 100 000 habitantes, al compararlo con el promedio para toda América Latina, región con 20 asesinatos por cada 100 000 habitantes, se entiende una de las causas de la fuga de centroamericanos hacia los países del norte. Estos siete cuerpos en fuga de entre cuatro y veinticuatro de años tienen otro rasgo en común — además del destino y la nacionalidad—: la corta edad con la que empezaron su éxodo. La investigadora de la UACM propone que la causa de la migración de menores centroamericanos se puede entender por «asesinatos de jóvenes pobres, hombres en su mayoría»: juvenicidio.

El 90 por ciento de los 65 000 menores de diecisiete años detenidos entre noviembre de 2013 y septiembre de 2014 (año fiscal estadounidense) se podrían considerar como jóvenes, adolescentes de entre doce a diecisiete años de edad. «Estos más de 63 mil adolescentes detenidos son adultos en sus comunidades, muchas de ellas madres solteras con embarazos adolescentes, a los que la categoría de menores migrantes no acompañados los representa como infantes, cuando en realidad son fugitivos del juvenicidio que describimos antes», escribió la investigadora. Si analizamos las deportaciones de menores centroamericanos detenidos en México, en el gobierno de Enrique Peña Nieto hasta diciembre de 2016, se han registrado 96 546 devoluciones de menores de las cuales 63 por ciento se podrían considerar adolescentes, pues sus edades oscilaban entre los

doce y los diecisiete años, el 37 por ciento eran niños de los cuales 14 por ciento viajaban solos.

Desde la implementación del Plan Frontera Sur a mediados de 2014, las «devoluciones» de menores no acompañados provenientes del Triángulo del Norte de Centroamérica que ha hecho el gobierno mexicano, aumentaron más del 100 por ciento. Si en 2013 México devolvió 8 401 menores, en 2014 la cifra se duplicó con 17 1921 migrantes de menos de diecisiete años regresados *pa' atrás*. El éxodo siguió duplicándose en 2015 pues fueron deportados 34 947 menores; en 2016 la cifra disminuyó 8 por ciento.

A inicios de febrero de 2017 el presidente número cuarenta y cinco de los Estados Unidos de América, Donald J. Trump, continuó con las deportaciones de inmigrantes intensificadas por su antecesor y a Yeremy le importa una mierda. Sus ojos son color miel y tiene veinticuatro años; dice que sus dos hijas y su madre lo esperan en los *estados*. Es el mayor de los tres primos que salieron de Cedros y el único que ha podido cruzar las tres fronteras norte —Honduras-Guatemala-México-EU— hasta llegar al cuarto país, establecerse y trabajar durante más de tres años.

Conversé con Yeremy después de media hora de caminata bajo el sol, en un invierno con calor de primavera. El grupo se detuvo a descansar al costado del camino. De todos ellos he cambiado el nombre al escribir este texto. Los siete se sientan en el suelo, sobre un montículo de tierra, al amparo de las sombras bajo los árboles, en donde el aire refresca más. Los seis chicos hondureños quieren ir a trabajar. Según un informe publicado en mayo de 2016 por el Centro de Estudios de Guatemala, 54 por ciento de los centroamericanos en Estados Unidos tienen menos de treinta y cuatro años, «Centroamérica aporta fuerza joven» al país de Donald J. Trump.

«En el 2009, de los 1.3 millones de inmigrantes hombres centroamericanos trabajadores de 16 años y mayores el 39.9 % estaban empleados en construcción, extracción y ocupación en transporte y 24.5 % trabajaron en ocupaciones de servicio. De las 803,000 mujeres trabajadoras nacidas en Centroamérica de 16 años y mayores, el 42.3 % trabajaban en el sector de servicios como domésticas, limpiando casas u oficinas y el 12.9 % estuvieron empleadas en ocupaciones de apoyo administrativo», reporta el informe.

Jeremy, a mi izquierda, me dirá en los diez minutos de descanso que es la cuarta vez que cruza hasta México y espera lograr por tercera ocasión alcanzar suelo norteamericano. Como sus otros dos primos hizo su primer viaje en la adolescencia, a los catorce años. En diez años ha sido deportado dos veces por «El deportador en jefe» Barack Obama. El presidente número cuarenta y cuatro de los Estados Unidos de América deportó en sus ocho años de administración casi tres millones de inmigrantes. Por eso puedo asegurar que a este hondureño de veinticuatro años y ojos color miel no le preocupan las redadas reportadas por la prensa, su misión, por ahora, es llegar a Palenque, Chiapas, junto al grupo de seis con el que camina.

—¿Se ha incrementado la inseguridad desde la primera vez que viajaste?

—Siempre lo he visto igual. A ver cómo está la cosa ahorita.

—¿Qué pensaste cuando ganó Donald Trump?

—Me da igual. Gane uno, el otro, si uno como quiera siempre se la rifa para entrar allá, igual y no le ayudan a uno.

Un par de minutos antes de retomar el viaje, pasa frente a nosotros una camioneta de la Policía Municipal con los faros apuntando al sur. Hace treinta minutos, cuando subía hacia Palenque, los policías nos advirtieron de asaltantes en la zona. Ahora el grupo observa la camioneta azul bajar de nuevo con dirección a

Chancalá. Jeremy expresa recelo, le pregunto cuántas veces le han *bajado* dinero los agentes con los que se han topado.

- Unas siete veces.
- ¿Siete veces en cinco días?
- Todos los días le bajan dinero a uno.
- ¿Cuánto te piden?
- Cien pesos o doscientos pesos.
- ¿Por el grupo?
- Por persona.



Ella tiene treinta y dos años y el treinta y tres. Es la segunda vez que ella va al norte y la quinta para él. También es la segunda vez que viajan juntos en un año de relación. Ella dice que es de San Lorenzo, una ciudad costera de Honduras y él dice que es de Choluteca; ella deja ahí a tres hijos al cuidado de su madre porque quiere trabajar en el norte para hacerles su casa. El norte es la ciudad de Monterrey, en México, en donde trabajaron seis meses antes de animarse a cruzar por Nuevo Laredo hacia Estados Unidos. Llegaron hasta Houston y treinta minutos después los agarraron y deportaron. Dejaron pasar las fiestas decembrinas, enero y ahora están de nuevo en el camino. Hoy me encuentro a la pareja en su viaje hacia Palenque. Caminamos una hora en la que con sonrisas en el rostro y charlas amenas respondían a los cuatro mexicanos preguntones. Wikipedia tiene razón, los habitantes de San Lorenzo se caracterizan por su amabilidad.

—¿Van a Estados Unidos? —le pregunto a ella.

—Dependiendo cómo se vaya portando el señor Donald Trump. Dicen que ahorita está sacando a todo el mundo, entonces ahí nos vamos a quedar en Monterrey donde estuvimos

trabajando nosotros el año pasado. Vamos para Monterrey nosotros para recuperar el trabajo que dejamos botado.

La pareja trabajó en un hotel de Monterrey, ella era recepcionista y él se encargaba de la limpieza. «Está tremendo, imagínese cómo va a querer uno emigrar para Estados Unidos ahorita, nomás llega y lo deportan a uno, ¿para qué sirve? Mejor yo me voy a quedar aquí, me quedo aquí en México trabajando un buen rato, después regreso a mi país», le dijo él a otra reportera. También le dijo que trabajó tres años en Nueva York como asistente de albañil en donde le pagaban en un día lo que le toma ganar dos semanas en Honduras, 130 dólares.

—¿En el lugar donde vive hay muchas maras?

—Muchas maras, muchos muertos, ahí no fallan de tres, cuatro, cinco muertos. Todos los días, si no es que los matan por haber matado a alguien, o si no los matan por andar asaltando— dice ella.

Ella es llenita y lleva el cabello agarrado en una cola, dejando descubierta una frente con gotitas de sudor. Él es güero, de cuerpo delgado, alto y con ojos claros —es el segundo hondureño en dos horas que me sorprende con el color de sus ojos— sostiene en su mano izquierda una bolsa negra con atunes y galletas que una señora les regaló ayer. Partieron de Honduras hace cinco días, ayer a las tres de la tarde ingresaron a la ruta de la selva.

—No viajo porque yo quiero querer viajar, sino es que yo viajo porque necesito yo hacerle, si es posible, aunque sea un ranchito, no me importa así que sea de tabla, de lámina, como sea, pero hacerles un ranchito a mis hijos, y tener un solar que en verdad ellos puedan tener un solar grande donde ellos puedan decir esta es mi casa —dice ella.

En su primer cruce a México, cerca de Tenosique, recibieron una bienvenida que es usual entre los agentes del Instituto

Nacional de Migración (INM): «De esa vez que nos agarraron a nosotros a ella le pegaron un garrotazo —dice él al referirse al episodio en Tenosique—, entonces ahí fue que me emputaron a mí, me cachimbearon, tuve que agarrar un garrote también y garrotearlos porque me enojó, ella quedó tirada en el suelo. Yo les dije la verdad a ellos, sé que andan en su trabajo, pero no deben de tratar a la gente así, a seguirlos así. A que uno se mate».

Diez minutos antes de despedirnos, una reportera pide una entrevista más formal a la orilla del camino. Se sientan entre dos árboles y las caras se tornan serias.

—¿Por qué emprenden este camino hacia México, por México hacia su destino?

—Primer parte a veces por el trabajo, porque no se consigue trabajo en Honduras, y otra por la delincuencia que lo molestan a uno allá. Tal vez uno trabaja y gana su dinerito. Sus tres mil pesitos y ya ellos andan ahí detrás de uno extorsionándolos, que les paguen la renta, y no les paga la renta pues, buscan a querer matarlo a uno —responde él. Después añade que en su lugar de origen existen dos maras: la Mara Salvatrucha y Barrio 18.

Las maras «son estructuras de nuevo tipo que matan y aterrorizan, secuestran y violan, responsables de entre 15 y 30 por ciento de las muertes violentas en los países del triángulo del Norte». Investigadores dicen que en Centroamérica existen cerca de 900 maras, con un estimado de 70 000 integrantes.

—¿Conocen los riegos de esta ruta?

—Sí, lo que he escuchado es que le salen a uno en el camino a asaltar, pero gracias a dios a nosotros no nos ha salido nadie. Por la voluntad de dios hemos venido tranquilos, hemos venido bien y pues si la gente, se consigue bastante gente buena aquí en México, que tan siquiera le dan para comer a uno.

Él también dice que de los dos mil quinientos lempiras que tenían en la bolsa al iniciar el viaje, ahora no les queda nada.

Solo ciento cincuenta pesos que les regalaron en el camino. Lo han gastado todo en pasaje y comida en cinco días cruzando Honduras y Guatemala hasta alcanzar el sur de México.

— ¿Alguna autoridad les ha pedido dinero?

—La autoridad de Guatemala nos ha pedido dinero. No les di porque le dije yo que no traíamos dinero ni para comer. Lo que hicieron fue bajarnos de la combi, nos tuvieron un buen rato hasta que se vino el mismo, el de la migra. El de la inmigración le dijo que se viniera y que nos dejara botados.

—¿De los cinco días que llevan ustedes en la ruta me dicen que estuvieron tres días sin comer?

—Sí.

—Ahora con ciento cincuenta pesos ¿hasta donde pueden llegar?

—Hasta Palenque, si dios quiere. Tengo que buscar trabajar unos dos días para agarrar viaje siquiera hasta Veracruz.

—¿En qué puedes ayudar en este camino?

—No sé, en lo que me salga. Ayudante de albañil, no sé. Total, que sea trabajo, algo.

—¿Cuando ustedes salieron conocían las noticias de todo lo que está haciendo el presidente de EU?, ¿no les da miedo?

—No. Para nada.

— ¿Si llegaran a Estados Unidos a qué te dedicarías?

—Bueno yo allá trabajaba en el *roofy*, andar pegando, hacer encielado, de ahí me dediqué a cortar grama, de ahí me dediqué a la construcción.

—Decías que tú ganabas ciento cincuenta lempiras en Honduras por trabajar en el campo. ¿Cuánto ganabas en Estados Unidos por ese trabajo que tú hacías?

—Ganaba ciento treinta dólares diarios. Equivalen a dos mil seiscientas lempiras por un día— responde, aunque equivalen a más, a tres mil doscientas lempiras.



Esa tarde de domingo de febrero sentí vibrar la tierra bajo mis pies. Frente a mí pasaba la Bestia casi vacía, con decenas de migrantes que antes de la implementación del Plan Frontera Sur eran cientos. «Valoro mucho los esfuerzos de México por abordar la cuestión de los niños no acompañados», dijo Barack Obama en una reunión en enero de 2015 a Peña Nieto. Uno de los esfuerzos mexicanos fue el que vi cuando caía la tarde y maldecía mi mala suerte porque sin la luz del sol no podría capturar buenas tomas del tren que lo mismo los lleva al norte o en segundos, les puede arrancar un brazo, una pierna o matar el sueño americano.

Obama agradeció el esfuerzo mexicano por hacerle la chamba. A partir de la implementación del Plan Frontera Sur, a mediados de 2014, como respuesta a la crisis de menores no acompañados detenidos en la frontera sur de Estados Unidos, las deportaciones desde tierras mexicanas aumentaron. En 2014 el gobierno mexicano deportó 36 por ciento más centroamericanos que en el año previo: si en 2013 fueron 78 733, un año después la cifra ascendió a 105 303 y en 2015 fueron 176 726 de acuerdo con datos de la Unidad de Política Migratoria.

Rubén Figueroa, coordinador de la región sur-sureste del Movimiento Migrante Mesoamericano (MMM), comentó al pie de las vías cuando esperábamos a la Bestia: «En los primeros meses del año la migración tiende a crecer, lo cual no ha cambiado a pesar de la dureza de las declaraciones del presidente de Estados Unidos al respecto. Siguen entrando al país diariamente entre ochocientos y mil centroamericanos sin documentos debido a que las causas que originan el fenómeno migratorio, como son la violencia, la pobreza y el cambio climático, permanecen. Sin embargo, desde la implementación

del Plan Frontera Sur en 2014, las rutas de los migrantes han cambiado para hacerse menos visibles», explicó.

En un informe de investigación publicado en noviembre de 2015 por la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (WOLA, por sus siglas en inglés), elaborado después de visitar en verano de ese año nueve comunidades en Chiapas y dos en San Marcos, Guatemala, motivados por investigar las consecuencias del Plan Frontera Sur, concluyen que «el Programa Frontera Sur del gobierno mexicano —un conjunto de operaciones para reforzar la seguridad y controlar el movimiento de personas en la región, que ha recibido el apoyo de E.E.U.U.— no ha solucionado los problemas que provocaron la ola migratoria de 2014. En todo caso, el programa ha postergado los efectos de dichos problemas, y ha hecho que cambien de forma».

Los altos niveles de pobreza, la falta de oportunidades, los homicidios, la corrupción y el cambio climático que ha provocado desde huracanes hasta sequías, son la raíz del éxodo centroamericano. Donald J. Trump o Enrique Peña Nieto podrán cerrar fronteras, pero los migrantes seguirán caminando. Como esos nueve que me topé en Palenque, Chiapas, a quienes las deportaciones los tienen sin cuidado.

*Jalpa de Méndez, Tabasco, febrero de 2017*



## Laguna Larga

El balón de fútbol amarillo rueda sobre la tierra. En dos toques, el número 10 del equipo Este se hace con la bola. Su estatura supera a la de casi todos los doce jugadores en el campo. Dos defensas intentan arrebatarse el balón; son demasiado lentos para el 10 del Este. El adolescente, con su derecha, dispara al centro de una portería hecha con palos. Seis voces chillonas celebran el gol en el extremo oeste del campamento de desplazados de Laguna Larga. Ganarán con cuatro goles a favor, ninguno en contra.

A pesar de las «champas» que se extienden hacia el este, la niñez parece ajena a las preocupaciones de sus padres o abuelos que piensan en las enfermedades, la escasez de agua o en la tierra dos kilómetros al sur, para ellos arrebatada, para el gobierno guatemalteco recuperada y resguardada, sesenta y seis días atrás, el 1 de junio de 2017. Minutos antes de la una de la tarde, casi treinta chiquillos de entre cinco a trece años salieron de cuatro carpas blancas donadas por la UNICEF, donde cinco maestras imparten clases a partir de las siete de la mañana.

Dos semanas después de asentarse sobre la franja fronteriza entre México y Guatemala, junto a la escuela de lonas blancas, los miembros del campamento cortaron con machetes la yerba para despejar la tierra donde ahora los niños juegan su cascari-ta. El fútbol no demanda más que un balón y un par de porterías hechas con lo que sea, piedras, zapatos, botellas o troncos.

El número 10 hace un doblete. Vestido de uniforme roji-azul, con zapatillas de deporte rojas, la palabra «Capitán» escrita en su espalda, destaca entre los niños que corren tras la pelota calzando simples chancletas. Una niña jugando en el terreno es la única que se le iguala en complexión, aunque no podrá hacer gran cosa para evitar la goleada del equipo contrario.

Sobre nuestras cabezas se ha posado una nube gris, pero apenas cae una ligera llovizna. Es mi segunda visita al campamento de desplazados de Laguna Larga. Hoy es sábado; hora y media antes, al llegar, he encontrado a los niños tomando clases que se interrumpieron con el arribo de tres agentes del Instituto Nacional de Migración. En segundos, los dos hombres y una mujer se vieron rodeados por decenas de niños como abejas en panal, porque les han traído caramelos, paletas, y loterías que reparten a los chiquillos de Guatemala. Al parecer este grupo de agentes mexicanos se ha ganado el cariño de los niños, se conocen y Laguna Larga agradece.

Cinthy es una profesora primeriza de veinticuatro años. Cuenta que cuando le ofrecieron estar a cargo de la educación de los niños desalojados, le advirtieron que en el campamento no encontraría aulas o escritorios. «Ya sabía uno a lo que venía», dice. Cinthy, casada, sin hijos, vio la oportunidad como una manera de ayudar a Laguna Larga, «no lo tomamos como un trabajo sino como una obra de caridad».

Ella y otras cuatro maestras fueron enviadas por el gobierno de Guatemala para educar a ciento cinco niños y terminar con satisfacción el año escolar, que finaliza el 15 de octubre. La profesora llegó al campamento el 18 de julio, para ponerse al frente de los grupos de segundo y tercer grado de educación primaria. «Es una experiencia hermosa, me gusta, créame que lo que me ha sostenido más aquí es el cariño de los niños, es muy bonito», dice dentro de la carpa en donde imparte clases a veintidós niños.

Laguna Larga es un caserío asentado en el Parque Nacional Laguna del Tigre (PNLT), en el extremo noroeste del departamento de El Petén. En 2004, Critical Ecosystem Partnership Fund, junto con Parks Watch y Trópico Verde, todas organizaciones ambientalistas, realizaron una «evaluación rápida» de las 334 080 hectáreas que comprenden el PNLT y Biotipo Protegido Laguna del Tigre-Río Escondido; «el objetivo era conocer el estado actual de manejos, conservación y amenazas en el área», detallan en el documento donde dan cuenta de los resultados.

Para las organizaciones no gubernamentales (ONG), las amenazas que presentan las reservas naturales se relacionan con la presencia humana permanente, tales como invasiones, cambio de uso de suelo, tala, caza, pesca, incendios forestales y otras, «íntimamente ligadas a la actividad petrolera que hay en su interior. La apertura de vías de acceso ha facilitado actividades humanas en lugares remotos, y la situación social es muy complicada, lo que dificulta el control y la investigación en áreas considerables. La escasa voluntad política para enfrentar la raíz de los problemas y la impunidad en la que permanecen los delitos de toda índole han provocado la falta de gobernabilidad en el parque y el biotopo, que está siendo usurpado por grandes terratenientes y sufre de actividades de narcotráfico», sentencian las ONG.

«Llama la atención que en esos territorios haya grandes extensiones de tierra adjudicada en forma individual a personas, lo cual es contrario también a la ley —observa Edgar Pérez Archila, abogado de la comunidad—, cómo trata (el gobierno) por un lado a los campesinos, comunidades enteras, y cómo trata a personas individuales que tienen grandes extensiones de tierra». Las palabras del abogado se suman a las de organizaciones defensoras de derechos humanos, en referencia al doble discurso del gobierno de Guatemala: defienden sus áreas

protegidas de aquellos a quienes llaman «invasores», aunque no hace gran cosa contra terratenientes y compañías petroleras operando en la Reserva de la Biosfera Maya (RBM).

Tal es el caso de Perenco, una empresa petrolera situada desde 1985 en la Zona Núcleo del PNLT. Peace Brigade International (PBI, por sus siglas en inglés), narra las batallas jurídicas contra esta petrolera: en 2010, al vencer el contrato, el gobierno de Guatemala realizó una reforma de ley que permitió prorrogar el contrato diez años más, los recursos de inconstitucionalidad e informes presentados contra esta prórroga por organizaciones e instituciones fueron desechados. «Las comunidades denunciaron públicamente y ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, en febrero de 2015, derrames de petróleo, los cuales han dejado tierras no aptas para el cultivo, muerte de ganado y contaminación del agua».



Encontré a Rosaura y a María cocinando tamales de pollo en un fogón. Hoy harán ciento cincuenta tamales y los repartirán entre los integrantes del campamento. Rosaura dice que esperan regresar a Laguna Larga, donde tenían su hogar. El problema ahora es que los 1700 efectivos del gobierno de Guatemala que llevaron a cabo el desalojo quemaron las casas de guano y madera donde vivían las más de cien familias.

—¿Qué dejaron en Laguna Larga? —le pregunto.

—Dejamos casi todas las cosas, trastes, gallinas, puercos — la mujer de rostro redondo y piel morena responde mientras mueve con su mano derecha un cucharón azul dentro de una olla cubierta de tizne. Tres de sus ocho hijos se mecen en una hamaca a su lado, acompañando a las mujeres que cocinan.

Desde inicios de 2009, Edgar Pérez Archila integra el Bufete Jurídico de Derechos Humanos, que asesora legalmente a las comunidades asentadas en la Reserva de la Biosfera Maya (RBM), el área natural protegida más grande de Guatemala en la cual, con base en la Ley de Áreas Protegidas, desde 1989 se han prohibido los asentamientos humanos. El abogado al teléfono me da un resumen del acompañamiento legal a las comunidades. El asesoramiento comenzó con diecinueve comunidades, hoy son treinta y siete. En 2015 las comunidades, junto con la asesoría de los abogados elaboraron una «Propuesta Alternativa de Desarrollo Integral Sostenible», sustentada por siete expertos y presentada el 28 de septiembre de 2016 ante el Congreso de la República de Guatemala.

Esta propuesta tiene por objeto reconocer, asegurar y garantizar la permanencia perpetua de las comunidades en Sierra Lacandón y Laguna del Tigre; garantizar, promover y contribuir al mejoramiento y protección de la naturaleza en dichas áreas y asegurar y garantizar la participación ciudadana orientada al desarrollo integral y el cumplimiento de todos los derechos humanos, específicamente en la búsqueda de diálogo.

«Sin embargo pues pareciera que conforme más nos acercamos a un diálogo serio, técnico y formal al Estado como que no le gusta mucho, o a los funcionarios de Estado no les gusta este tecnicismo y formalidad, y empiezan a plantear que no se va a firmar el acuerdo marco, no se va a llegar a mayor cosa», critica el abogado.

El 21 de marzo de 2017 se efectuó una reunión entre los representantes de las comunidades y representantes de diversos sectores del gobierno para discutir los desalojos y órdenes de aprehensión, «no se puede estar hablando de diálogo si teníamos como una especie de pistola en la cabeza al tener los procesos penales abiertos, y las amenazas de desalojos y

órdenes de captura también vigentes», insiste Pérez Archila. De acuerdo con el abogado, los funcionarios aseguraron que no había órdenes de desalojos o capturas por ejecutarse en ese momento, «sin embargo el día 28 de marzo, estamos hablando de siete días más tarde, capturan a Jovel Tovar, uno de los delegados o representantes de la comunidad La Mestiza, quien hoy en día está preso».

Para evitar el desalojo efectuado a inicios de junio, el Bufete Jurídicos de Derechos Humanos promovió un amparo provisional ante la Sala Regional Mixta de la Corte de Apelaciones de Poptún, en el departamento de El Petén, el cual fue negado. La resolución se encuentra en apelación ante la Corte de Constitucionalidad de Guatemala. «El objeto del amparo era evitar el desalojo de la comunidad, esto en razón de que no se cumple con el debido proceso, el derecho de defensa de las comunidades y con la instrucción general número 3 del año 2012 de la Fiscalía General donde se establece los estándares internacionales sobre desalojos», especifica el abogado.

De acuerdo con Pérez Archila, para poder desalojar a una comunidad es necesario antes planificar la reubicación de las familias desalojadas, pero «en el particular de la Laguna Larga, aparte de que no se cumplió con eso, se destruyeron las casas que son bienes propios de las familias de esa comunidad, se tomó la infraestructura que la misma comunidad había hecho como escuela para poner un destacamento, con lo cual se consolida la gravedad de las violaciones en contra de las poblaciones».

Un comunicado emitido por la Comisión Internacional de Juristas (CIJ) el 5 de junio de 2017, cuatro días después del desalojo de Laguna Larga, expresa: «Preocupa especialmente a la CIJ que la Sala Regional Mixta de Poptún Departamento de El Petén, haya rechazado el amparo provisional presentado por

representantes de las comunidades basado en los “Principios básicos y directrices sobre los desalojos y el desplazamiento generados por el Desarrollo” de las Naciones Unidas».

El 30 de junio, Rupert Colville, portavoz de la ONU-DH, señaló en una conferencia realizada en Ginebra: «Nos preocupa mucho que los desalojos hayan sido ordenados sin asegurar la reubicación ni planes de protección para las familias afectadas, tal y como exigen los estándares internacionales de derechos humanos», y exhortó a que el gobierno guatemalteco ofrezca ayuda humanitaria a las personas afectadas, no obstante, en declaraciones de los integrantes del campamento, expresan que han recibido poca ayuda del gobierno de Guatemala.



Constantino Vázquez Suchite, de setenta y un años, se para junto a lo que en un par de días será el pozo de agua del campamento. Los hombres han logrado cavar un metro cada día, hoy comienza el día cuatro y todavía faltan dos metros y medio para alcanzar el manto friático. Dice Constantino que si logran hacer brotar el agua, trasladarán la bomba hacia el pozo, la cual actualmente se encuentra instalada en la laguna al este del campamento.

Kelvin, con doce años, ha bajado al pozo, lo veo golpear con una pica el suelo que parece ceder poco, muy poco, ante la fuerza del adolescente. La tierra está completamente seca, pero así es mejor, el agua que tanto desean que brote del suelo, también les significa enfermedades, barro, incluso los incomunica del ejido El Desengaño, cuando viene de arriba y anega los caminos.

Como Laguna Larga, otras comunidades han sido desalojadas de la RBM, ayer Constantino Vázquez me aclaró que no aceptan

las propuestas del gobierno por miedo a que todo se quede en papel. A raíz de la entrada en vigor de la Ley de Áreas Protegidas, cualquier asentamiento humano es considerado ilegal y sometido a desalojos forzosos. PBI da cuenta de estos desalojos en un boletín publicado en junio de 2016: «Esta práctica se intensificó entre el año 2009 y el segundo semestre del año 2010, cuando fueron desalojadas las comunidades de La Colorada, San Andrés, El Florido, Centro Uno, Las Cruces y Nueva Esperanza».

«Hay una experiencia en la misma área de que, muchos de estos desalojos, en el sentido de que el Estado muchas veces ofrece, pero no cumple», protesta Pérez Archila. Permanece en la memoria la suerte que corrió la comunidad Centro Uno, desalojada hace ocho años del Parque Nacional Sierra de Lacandón. Esta comunidad Q'ueqch'í se estableció en la década de los 80 en la zona núcleo del parque. En 1990 firmó un acuerdo de cooperación con la Comisión Nacional de Áreas Protegidas, de acuerdo con un informe publicado en 2014 por PBI. El 16 de junio de 2009 las 164 familias de Centro Uno fueron desalojados por cerca de 600 militares, policías y guardias forestales. Les dieron treinta minutos para recoger sus pertenencias y retirarse, según testimonios recogidos por PBI.

En 2014, fecha de la publicación del informe antes mencionado, la comunidad no había sido reubicada, continúan demandando tierras para establecerse: «Casi cinco años después del desalojo, instancias a las que han acudido, como la municipalidad de La Libertad, la Secretaría de Asuntos Agrarios (SAA), Fontierras, o el CONAP, no han realizado acciones dirigidas a garantizar el acceso a servicios básicos ni a tierra donde asentarse los hombres, mujeres, niños y niñas que fueron desalojados de Centro Uno», describe el informe.

Pérez Archila pormenoriza el objetivo de la propuesta alternativa: «Lo que se pretende es que no solamente les den

una finca, sino que realmente la finca tenga las condiciones de desarrollo, que tengan opción a desarrollarse como cualquier comunidad, que haya asesoría técnica, que después haya una asesoría financiera y comercial sobre el desarrollo de las actividades, que el gobierno actual les garantice no solamente tierra sino fórmulas de desarrollo reales».

*Publicado originalmente en Liberación Tabasco en julio de 2017*



## Cazar entre las aguas

### Los náufragos de San Pedro

En el último rincón de Tabasco, ahí donde la frontera con Campeche es un hilillo de tierra que termina devorado por el mar, hay un pueblo donde el hambre nunca falta, los pescadores sobran, el alcohol es la compañía de muchos de ellos, y los náufragos son cosa de todos los días. Algunos regresan a casa tras días o semanas perdidos. Otros no. Tan solo en los dos últimos años veintiséis pescadores perdieron la vida en altamar. A quince de ellos aún los esperan sus familias con la esperanza de que algún día sean devueltos a las playas del lugar. Para los dueños de las barcazas, los pescadores son como una reemplazable herramienta más de sus destartaladas lanchas: vidas por las que no se pagan más de diez mil o veinte mil pesos de indemnización. Pescadores se juegan la existencia sin nada más que su valor y su gran necesidad.

Esta es la historia de San Pedro, donde la miseria hace naufragar las vidas a diario, dentro y fuera del mar.

#### Tlaliscoya

Ha naufragado tres veces en el mar del golfo de México. Su nombre es Leonardo Molina Prieto, esto poco importa, en San Pedro, Centla, todos lo llaman Tlaliscoya, porque nació hace

setenta y un años en Tlalixcoyan, un municipio en el centro de Veracruz. A los diecisiete partió de su hogar para cazar entre las aguas, es pescador desde hace cincuenta y cuatro años. Primero pescó en barcos de arrastre en las aguas de Veracruz. Dejó esas aguas para viajar al sureste en un tráiler con su patrón, de Alvarado, y otros siete a Tabasco, «porque allí había mucho robalo», decían entonces, así que prefirió las aguas de la sonda de Campeche a los dólares de Estados Unidos, por allá del 77.

Tlaliscoya no tiene hijos, vive solo en una bodega de pintura azul desgastada, frente a los muelles en la Barra de San Pedro. Los años encorvaron su espalda y lesionaron un tobillo. Sus músculos lucen firmes en el cuerpo flaco, de color marrón, que todavía se ejercita con las demandas físicas de la pesca. Huelo en su aliento un poco de alcohol, mientras relata sus tres naufragios. Del primero recuerda que la lancha se hundió en la popa, pero se mantuvo a flote, gracias al poco peso del motor. Durante ocho horas los naufragos de San Pedro se agarraron de la proa, antes de ser rescatados.

El segundo naufragio de Tlaliscoya sucedió el 15 de junio de 2015. La tarde anterior, él y su patrón, Juan, salieron a pescar. Pasada la media noche los dos pescadores estaban «en chinga» recogiendo la red para volverla a tirar; por esto no notaron que el tapón de la lancha se había salido: doscientos kilos de pesca, y una trifulca provocando fuertes marejadas, hundieron la popa. La lancha Dora Alicia se fue a pique. En el agua, Tlaliscoya flotó sosteniéndose a la red que no se hundía a causa del corcho. Sin despegarse de la lancha, le dijo a Juan que allí se quedaría hasta el amanecer; el patrón decidió nadar a una plataforma petrolera que divisaban en la noche nublada.

Cuando no tuvo nada más en qué apoyarse, comenzó a nadar hacia la plataforma, ahora distante. El secreto para no cansarse —explica el pescador— es nadar poco a poco, de a

perrito, deteniéndote, «si te pones a nadar y nadar y nadar la corriente te lleva». Luego de dos horas, los reflectores de un barco iluminaron la noche. Gracias a Juan, el auxilio llegó. «No demoré ni un mes para salir al mar, a las dos semanas estaba de nuevo pescando».

Entre abril y mayo de 2017 visité la Barra de San Pedro, en Centla, una comunidad de pescadores ubicada a ochenta y un kilómetros de Villahermosa. Es el último pedazo de tierra de Tabasco antes del estado vecino, nombrado como el río San Pedro y San Pablo, afluente del Grijalva, y que lo divide de Campeche. El pueblo de 556 habitantes se asemeja a una L; en su extremo más largo se levantan las casas de madera o concreto, con manglares como patio trasero; en el extremo corto, corre perpendicular el río frente a las bodegas de los permisionarios y los muelles, antes de desembocar en el golfo de México. Por la única calle del pueblo entran y salen las camionetas Ford, Chevrolet, e incluso una Hummer, de los permisionarios, ellos manejan el negocio de la pesca, como un dueño de taxis que le cobra la gasolina al chofer, sin olvidar cobrarle la mitad del dinero obtenido en la jornada.

Antes de la construcción del puente de la carretera federal 180 que conecta a ambos estados, del pueblo salía una panga para cruzar el río. A inicios de la década de los 80, pescadores veracruzanos llegaron a San Pedro, Tlaliscoya entre ellos, dice él que entonces solo existía una pequeña bodega, se pescaba el robalo a no más de cinco brazas y el camarón siete barbas en barcos de arrastre, hoy prohibidos por los daños a los fondos marinos.

En mi primera visita, a las diez de la mañana, en los muelles y las nueve bodegas pesqueras se escuchaba el ajeteo de los pescadores preparando sus lanchas, «son los últimos días para trabajar antes de Jueves Santo», explican tres hombres, tomando caguamas afuera de una bodega. Regresarán a tierra hasta el miércoles.

Los pescadores ribereños del golfo de Campeche se juegan la vida al salir al mar. Su oficio ha cobrado veintiséis vidas entre el 19 de julio de 2015 y el 6 de mayo de 2017, de acuerdo con notas periodísticas de Tabasco, Campeche y Yucatán; solo once cuerpos recalieron en las costas y tuvieron la sepultura que dio paz a las familias, sin embargo quince hombres continúan desaparecidos, cuatro partieron de la barra de San Pedro: la Ñeca, el Chelo, la Vaca y don Alfonso. Ninguno ha sido encontrado.

La tarde del lunes 4 de julio de 2016, Tlaliscoya y René de los Santos Notario, la Vaca, zarparon de la Barra de San Pedro en la lancha Dorismar a pescar robalo. Habitados a pasar jornadas de pesca de dos, tres, cuatro, cinco días en alta mar esta sería otra más en su calendario. El tiempo en el mar depende del volumen de pescados capturado, el cual debe ser el suficiente para cubrir los litros de gasolina que alimentan el motor, el hielo usado para preservar el pescado, el pago al permisionario —dueño de la lancha—, quien divide el total capturado entre él y los tripulantes. Si la pesca es menos de lo invertido, la deuda es de los pescadores. Es así hasta capturar lo necesario para saldarla.

Después de dos horas de viaje, tendieron redes a treinta y un millas de San Pedro. A las once de la noche los pescadores se durmieron; la Vaca en la popa, arriba de unos tablones, Tlaliscoya en la proa, y sobre ellos una trifulca provocaba lluvias y marejadas. Mientras ambos descansaban, el agua causó que el tapón se saliera y poco a poco la lancha Dorismar se llenó con agua. Los pescadores despertaron al sentir el agua en la lancha que se iba a pique. Los esfuerzos por evitar que Dorismar se hundiera fueron insuficientes. En quince minutos la embarcación se hizo una con el mar.

—Como a los diez, quince minutos ya no me contestó, cuando logré quitarme el pantalón, con las puras uñas iba arremangando el doblez del pantalón para no sumergirme. Vas tragando agua y te va llevando como una piedra, vas tragando pura agua de

sal... te va disminuyendo por segundos —narra Tlaliscoya. Ese es el último recuerdo de la Vaca. Horas después, cuando amanecía, el pescador vio un tanque de gasolina flotando en el agua.

—Agarré el tanque ese, pues, ya fui reposando un poco más, pero como traía un poco de gasolina me fue chingando la cara, se me fue nublando la vista.

Así quedó el viejo de setenta años flotando en el mar, agarrado al tanque de gasolina y vestido solo con ropa interior. Pasaron cerca de siete horas hasta que divisó «un bulto negro en el horizonte». Sin poder gritar, Tlaliscoya alzó una mano con la esperanza de que alguien lo viera. El «Jefe de jefes» estaba de su lado: en la embarcación el supervisor creyó ver algo en el mar, avisó al capitán quien con unos binoculares constató que un hombre en el agua flotaba. Era medio día, y el tercer rescate de Tlaliscoya.

—¿Qué sintió cuando lo rescataron?— Sentí la vida.

### La Vaca

René de los Santos Notario heredó el apodo de su padre, la Vaca. La madrugada del martes 5 de julio de 2016, Tlaliscoya fue la última persona que lo vio con vida, cuando se hundían a 31 millas de la Barra de San Pedro. Tenía treinta y cinco años, un matrimonio de catorce años con Fabiola Camacho y cuatro hijos.

—Nosotros nos casamos aquí mismo en el pueblo y como mi papá nos prestó una casita, nos venimos a vivir ahí mientras hacíamos la de nosotros —dice Fabiola Camacho. Ahora los pesos que necesita para mantener a cuatro niños los gana en una tienda hecha de tabloncillos azules y techo de lámina de zinc, la primera al costado derecho de la entrada a San Pedro, en el lote donde ella y René planeaban construir su casa. Con los diez mil pesos que le dio el dueño de la lancha cuando la Vaca se perdió en el mar, surtió la tienda de tres metros cuadrados y compró un refrigerador en donde guarda refrescos.

Fabiola lleva el cabello corto y teñido de rubio rojizo, las uñas pintadas de azul. Regaña a sus hijos si interrumpen la charla de los mayores. Ella y la Vaca se conocieron de niños en el ejido La Estrella. Fabiola tenía tres años cuando su familia se mudó a San Pedro, y diecisiete cuando se casó con René, de veintiún años, quien era pescador desde los catorce, como el papá de Fabiola, el Güero Camacho. El matrimonio tuvo cuatro hijos: Jesús Alexander, Darwin Lorenzo, Edwin René y Christopher Kevin.

Nueve días buscó la Armada de Ciudad del Carmen a René. Para ellos Fabiola solo expresa agradecimiento, no expresa lo mismo hacia la Armada de Frontera o a la Secretaría de Gobierno de Tabasco, según ella, las promesas de mandar un helicóptero en búsqueda de su esposo nunca se cumplieron.

—Hasta que lo reporté en el periódico, fue que ellos *dizque* mandaron a los botes de la Armada a buscarlo, pero como el día 9 de julio.

Es abril de 2017, el cuerpo de René sigue perdido en el golfo de Campeche. Fabiola evita usar palabras que sugieran que su esposo falleció. A los seis meses la familia llevó una corona al mar para honrar su memoria.

—No es lo mismo tener una tumba donde le vas a llorar a la persona, o donde vas a decir que van a ir tus hijos y van a ver que ahí quedó, pues no —se lamenta, aunque todavía mantiene las esperanzas, nutridas por una anécdota de un pescador que pasó tres años perdido, todo ese tiempo, dice Fabiola, estuvo detenido en una cárcel de Cuba.

Ni siquiera se ha expedido el acta de defunción de René.

—Fuí al ministerio público y me dijeron que eso iba a ser un proceso largo porque mi esposo nada más estaba en calidad de desaparecido, y que tendría que pasar un año para que a él lo pudieran dar definitivamente por fallecido.

En las fotografías que conserva de su esposo, se ve a un hombre rollizo, de piel clara, un poco rojiza por el sol, vestido con camisa blanca, pantalón de mezclilla y botas color café. Sus tres hijos mayores son una copia de René, en versiones más pequeñas: Jesús Alexander, de doce años, es flaco y larguirucho; Darwin Lorenzo, de seis es el rechoncho, Edwin René tiene cinco años y Christopher Kevin, cuatro.

—Nosotros pensamos que lo íbamos a ver el día siguiente, y pues ya ha pasado tanto tiempo. Estuviéramos más resignados si hubiese aparecido su cuerpo.

La Tercera Región Naval comprende la sonda de Campeche. Las zonas navales adscritas a esta región se ubican en Frontera, Tabasco; en Ciudad del Carmen, y Campeche, Campeche. En esta región del golfo de México se han rescatado cuarenta y siete cadáveres de 2006 a junio de 2016, la cifra más alta entre las tres regiones navales situadas a lo largo del golfo de México, de acuerdo con datos de la Secretaría de Marina obtenidos a través de solicitudes de información.

### El Güero Camacho

«¿Tú valoras tu vida en veinte mil pesos?», se queja el Güero Camacho con una voz ronca, apenas audible, pues hace cinco años le abrieron la tráquea para salvarlo de una neumonía fulminante.

—Al menos con mi yerno, como no apareció el cuerpo, le dieron a mi hija diez mil pesos y ya. En eso valoraron su vida. Así ha pasado aquí, con los compañeros, te encuentren o no te encuentren, quince mil, veinte mil pesos, ahí está y listo. ¿Y el que deja cuatro o cinco chamacos, crees que se va a mantener con veinte mil pesos?

Estamos en el porche de su casa de madera, que se levanta medio metro sobre las orillas del río Grijalva. Me he sentado en una silla frente a Jesús del Carmen Camacho, quien descansa en

el extremo izquierdo de un sofá restaurado con trapos de diversos colores; se han reciclado telas rojas, blancas, negras, de flores naranjas con fondo verde agua, para tapizar el sofá. Las paredes del porche son de lámina de zinc, y se ven los manglares y más agua.

El Güero Camacho utiliza una cánula para respirar desde que sobrevivió a la neumonía fulminante que lo tuvo en estado de coma durante dos meses. Por eso no pudo salir a buscar a la Vaca los días posteriores a su desaparición.

—No me puedo mojar, asolear, no me puede caer el agua de lluvia, si me cae me vuelve a dar la pulmonía, si me asoleo se me encona esto, se me inflama. Es un mal de rico —dice el pescador retirado de cincuenta y cinco años, porque cada dos años y medio debe juntar dieciocho mil pesos para cambiar la cánula. En la charla, hay ocasiones en que el Güero Camacho debe repetir las palabras por culpa de mi mal oído, a veces la esposa interviene gritando desde la cocina, explicando términos o completando las palabras que no logro percibir de su esposo. Se llama María Reyes, es toda una mujer del sur, de las que parecen regañar cuando hablan, pero después de mucha charla caes en cuenta que así es el tono de su voz, la forma de expresarse, fuerte, decidida, con los pies bien plantados sobre la tierra.

Los Camacho llegaron a San Pedro hace unos treinta años, cuando su hija mayor, Fabiola, tenía tres años, y con un bebé de dos meses. Aquí el Güero Camacho siguió cazando en las aguas. «Hasta el sol de hoy», no ha tenido accidentes, porque es un pescador precavido, que siempre supo respetar el mar, cuenta que no dormía al pescar, como hacen otros, procuraba cargar no más del máximo peso posible en la lancha: una tonelada.

—Si nos agarra la marejada, la lancha no alza, o sea no tenemos conciencia. Siempre tenemos que tener conciencia... es mejor dejar botada la pesca a que entregues tu vida.

¿Cuántas vidas se han entregado al mar desde que el Güero Camacho vive en San Pedro? El pescador recuerda los nombres o apodos de algunos compañeros: el finado Chepamica, con José May; el finado Quico y Jueche; el finado Papaya con su tripulante; Coyota con el Mochito; el finado Cabeza y su tripulante; y su yerno, René. Las últimas vidas perdidas en el golfo de Campeche zarparon la mañana del jueves 4 de mayo, de un muelle en Ciudad del Carmen. Por la tarde los sorprendió el mal tiempo. Los familiares avisaron a la Armada y partieron en la búsqueda de los tres pescadores. El domingo hablé por teléfono con el padre de Frederick, de veintiún años, uno de los tres hombres desaparecidos. Con voz triste me contó los hechos. Hasta ese día, solo uno había sido encontrado: el cuerpo del hombre de cincuenta y dos años estaba amarrado al pico de la lancha. Los cuerpos de su hermano y su hijo serían encontrados al siguiente día, en las costas de la península de Atasta.

—¿Por qué se amarró?

—Porque ya te sientes perdido, te amarras para que al menos tu cuerpo lo encuentren; o cuando estás en peligro, ya sientes la muerte y te aseguras de que tu cuerpo lo encuentren.

Le viene a la memoria una tragedia de hace veinticuatro años. De San Pedro salió Manuel Flores, con sus hijastros, dos chicos que crió como hijos suyos. Se cargaron de pescado y la lancha no soportó el peso, se fue a pique. Los hijastros se ahogaron. Manuel Flores rescató los cadáveres amarrándolos, llevaba uno a cada costado.

Los pescadores de San Pedro y la costa de Campeche dicen que las plataformas petroleras de la sonda de Campeche causan la poca pesca en la orilla.

—¿Qué empezó a hacer que el pescador permanezca más tiempo en el mar?

—Pemex. Empezaron a alejar a los pescadores más afuera.

El Güero Camacho arguye que las operaciones en las plataformas petroleras para extraer el crudo causan que el pescado se aleje, así los pescadores se adentran cada vez más al mar, extendiendo sus jornadas de pesca. Pemex se defiende, argumenta que el área de exclusión impuesta desde 2003, la cual prohíbe a los pescadores acercarse a las plataformas para evitar posibles ataques terroristas, permite que los peces se reproduzcan en esas zonas.

En 2016 un reportero me explicó que el alto número de decesos entre los naufragios de lanchas ribereñas, son a causa de los casi nulos equipos de seguridad en estas lanchas. Le digo esto al Güero Camacho, él y su esposa concuerdan: no hay salvavidas, luces de Bengala, botiquín de primeros auxilios. Si el pescador se queja de esto ante el permisionario, otro estará listo para cubrir su puesto. Pescadores sobran, el hambre nunca les falta, el alcohol es la compañía de muchos en este pueblo de hombres que se reemplazan como herramientas.

### Los camaroneros de Nuevo Progreso

Ese día Miguel me pareció «el ahogado más hermoso del mundo». El título del cuento de García Márquez vino a mi cabeza cuando don Goyo me describió el cadáver de su hijo, al verlo con su overol naranja y su cuerpo intacto, luego de cuarenta y nueve horas de búsqueda, de ir y venir entre hospitales y morgues desde Ciudad del Carmen, Campeche, hasta Frontera, Tabasco. «Los otros que se hallaron estaban en parte despedazados, los brazos quebrados, y él estaba intacto, su cabello completito, a esos otros ya se les había caído el cabello», dice don Goyo.

Miguel fue el quinto y último cadáver recuperado entre los pescadores de la península de Atasta el jueves 21 de abril de 2016. El mediodía del martes 19 de abril, vientos de 80 ki-

lómetros por hora, un fuerte oleaje y tormentas eléctricas oscurecieron las costas de Campeche. Árboles y espectaculares derrumbados, fallas en el servicio eléctrico y el cierre de una escuela del turno vespertino fue el saldo, en tierra, del paso de la turbonada por estos pueblos pesqueros. En el mar, cerca de veinte embarcaciones ribereñas y cuarenta tripulantes se hundieron. Cinco hombres no regresaron con vida.

«La gente se sorprendió aquella vez. Ya habían pasado desgracias, pero esa fue excepcional», recuerda un albañil en el panteón de Nuevo Progreso, un pueblo con forma de buque ubicado en los límites de Campeche con Tabasco. El hombre me mostró la tumba de Miguel. ¿Cómo olvidarla?, él también es pescador. Me dice que sus compañeros quedaron marcados ese 19 de abril, ahora son más precavidos cuando salen al mar. La tumba de Miguel, rectangular y con cuatro pilares que sostienen un techo, no está pintada y es color gris debido al color del cemento. Una rústica cruz de madera indica «Falleció el S. R. Miguel Antonio Jiménez Cupil el 19 de abril de 2016 a los 31 años. D. E. P».

En México, entre el 2010 y el 20 de abril de 2016 desaparecieron 108 pescadores, 122 perdieron la vida y 2101 fueron rescatados vivos. Hasta el 20 de abril de 2016, 88 fueron rescatados con vida, nueve sin vida y cuatro desaparecieron de acuerdo con el presidente de la Comisión de Marina del Congreso de la Unión. Para esa fecha, en la península de Atasta, la Secretaría de Marina (Semar) y Protección Civil del estado de Campeche realizaban operaciones de búsqueda y rescate, con el fin de rescatar con vida a los pescadores hundidos por la turbonada.

Don Goyo me pregunta cómo encontré su casa en Nuevo Progreso. Es el 17 de abril de 2017. Le contesto que, en el panteón, frente a la tumba de Miguel, un albañil me indicó cómo llegar. Los padres del pescador fallecido hace 363 días se sorprenden, quizá, por mi atrevimiento. «¿No viste que

atrás de la tumba alguien escribió Miguelón?», pregunta don Goyo. Le confieso que no presté atención, pero así me entero de que, como en todo poblado mexicano, el apodo es el nombre de pila. Estos días buscando pescadores aprendí tarde que, para una búsqueda eficaz, la persona es el apodo, al preguntar con el nombre y apellido tenía pocas probabilidades de encontrarla.

Los Jiménez Cupil son una familia de pescadores camaroneros miembros de una cooperativa pesquera. Don Goyo y doña Lucelli son los padres de cuatro hombres y una mujer. Todos sus hijos varones se dedican a la pesca, aunque Heber es el único que permanece en tierra administrando el negocio. El día en que Miguel zarpó, también lo hicieron dos de sus hermanos, Rigoberto y Luis Manuel, pero él partió en una embarcación aparte, iba con otro tripulante que fue encontrado con vida en las costas alrededor de las tres de la mañana.



«Muy posiblemente el tornado del 19 de abril tuvo una clasificación entre Fo y F1, en la escala Fujita Mejorada», escribe en un correo electrónico el doctor Gregorio Posada Vanegas, profesor investigador de la Universidad Autónoma de Campeche (UACAM). La escala Fujita Mejorada es usada para catalogar la fuerza de los tornados según los daños que provocan. De acuerdo con las clasificaciones Fo y F1, los vientos de ese día fueron de entre 105 a 178 kilómetros por hora, causando daños leves o daños moderados, respectivamente, aunque en el mar «suelen ser peligrosos».



Impresiones de una turbonada. El testimonio es de una mujer atendiendo su tienda en Nuevo Progreso:

—Yo en treinta años no había visto nada de eso. No es lo mismo un huracán a una tromba de esas. Fue como a las once o doce del día, supongamos que está como hoy y de pronto se empezó a nublar y venían las nubes y la lluvia de la parte de Atasta hacia el puerto, porque en Carmen no pegó realmente como acá, el caso es que al coche lo sacudía. No hay cómo te pares porque los coches no ven nada, ni luz ni nada, se oscureció, como si fuera prácticamente entrando la tarde.

«Es una turbonadita, ya va a pasar», respondió Miguel, confiado, a sus dos hermanos, cuando lo llamaron por celular al ver el día oscurecerse, la tormenta eléctrica y al sentir la lluvia arreciar; sin embargo, ellos no esperaron, cortaron los cables de las redes porque veían que desde el oeste se acercaba la turbonada. El fuerte oleaje elevaba la embarcación en el mar, causando que los dos hombres ascendieran por los aires para volver a caer y golpearse con la lancha mientras huían de la tromba. Ambos lograron llegar a la costa, cerca de San Pedro, Centla, en Tabasco.

Dice Heber que ese día el mar se confundía con lo que minutos antes era la playa. Los familiares de pescadores, los reporteros, y Protección Civil arribaron a las costas de la península de Atasta. «Era una lloradera de mujeres», me dice alguien en la casa de los Cupil.

—Yo le dije a la gente del gobierno que por qué lo buscaban las patrullas aquí cerca de la orilla, cuando lo debían buscar afuera, hasta donde las lanchas no podían ir. Como era este viento del sureste lo que soplabá, lo abrió hacia afuera, y lo hallaron exageradamente lejos, de hecho, a él lo halló un

avión, si no ha sido eso no lo hubiésemos encontrado, hubiese recalado en las costas de Veracruz. A él lo hallaron en la zona de plataformas.

Doña Lucelli supo que Miguel había muerto. No se lo dijeron sus hijos o su esposo. Lo sintió cuando vio a las mujeres que empezaron a barrer la casa y acomodaron la sala, notó así que preparaban lo necesario para los servicios del cuerpo. La matriarca de los Cupil es una mujer pequeña, de piel morena y ojos dulces. Llegué preguntando si en los próximos días habría alguna especie de recepción por el año de la muerte de su hijo. Ella, amable, me explica.

—Nosotros, los cristianos, ya no profesamos esas cosas, hacemos simplemente los servicios cuando está el cuerpo presente. Como dice su palabra, los que creemos en Jesucristo, estamos en el mundo mas no somos del mundo, y si en un tiempo estuvimos en eso, pues no conocíamos de la palabra de Dios. Lo dice en segunda de Corintios 5:16, porque simplemente nosotros lo recordamos. Créame que no me siento nada bien todavía con la ausencia de mi hijo, mi señor me fortalece y al cabo que pasen los años mientras Dios me dé vida, esas heridas van a ir sanando, poco a poco. Yo lo recuerdo en mi corazón.

Miguel Antonio había recibido en 2016 su cédula profesional por sus estudios en ingeniería mecánica. Sus padres narran que la costumbre de vivir gracias al mar hizo que el salario que recibía por trabajar en las plataformas de Campeche lo invirtiera en una lancha y aparejos de pesca. Semanas antes de la turbonada Miguel había sido despedido, fue de los miles que se quedaron sin trabajo a causa de la crisis petrolera.

### Los piratas de Campeche

Los piratas de Campeche usan armas cortas y largas, se cubren el rostro con pasamontañas o aprovechan la oscuridad para atacar;

navegan en embarcaciones de 10.5 metros de eslora, y aterrorizan a los pescadores del golfo de Campeche a quienes en quince minutos los despojan de motores de entre setenta mil a doscientos mil pesos, de la gasolina y sus aparejos de pesca en medio del mar. Desde San Pedro, Centla, hasta la frontera entre Campeche y Yucatán se les ha visto rondar por las noches. Los pescadores, temerosos, apagan sus luces en la madrugada con el fin de burlar a los piratas; grave error, a causa de esto los barcos no se percatan de su presencia hundiendo las lanchas pesqueras.

Patón, un pescador tabasqueño, cuenta la noche que fue despojado del motor de su embarcación. Estamos en los muelles de San Pedro, Centla.

—Fue como a la una de la mañana, para amanecer el primero de marzo. Vi la lancha que se venía aconchando y le grité «¿Qué pasa, compa?». «¡Compa ni qué su chingadamadre!», —le respondieron—. «Cuando me dijo eso intenté bajar el motor, pero me dejaron ir el primer plomazo. Dije ¿para qué arriesgar la vida?».

Patón trató de reconocer a los cinco hombres que lo asaltaban a quince millas de la Barra de San Pedro. En el primer intento recibió patadas, en el segundo un balazo que se alojó en la proa. El pescador y sus tripulantes aguardaron casi media hora, amenazados, a que los piratas desmontaran el motor Yamaha 85.

Luego del atraco, Patón se comunicó por radio con el dueño de la bodega a la que pertenecía la lancha —de suerte que los piratas no notaron la radio—, para que les dieran auxilio. Según el pescador, ese día en total cinco embarcaciones fueron asaltadas.

—¿Levantó alguna denuncia?

—Fuimos a Frontera y ¿sabe qué cosa nos dijeron?, que teníamos que llevar testigos, ¿a dónde vamos a buscar testigos en el mar? —ironiza, riéndose.

Hoy me propuse hacer una especie de *piratatour*. Encontrar a pescadores víctimas de los piratas. Algunos testimonios recabados dicen que esto empezó a inicios de 2016, antes lo más que se robaban eran aparejos de pesca. Ahora los piratas incluso empujan las embarcaciones que los pescadores emplazan en la playa de la península de Atasta, de esa forma han robado una embarcación. Otra parada del *piratatour* la hice justo frente a los muelles donde entrevisté a Patón, esta vez en Nuevo Campechito, el primer poblado del municipio del Carmen, que se encuentra justo después del puente que divide a Campeche de Tabasco.

—La otra vez nos ganaron tres, y después nos volvieron a ganar tres. Lo dejan correr una semana, un mes, y ahí lo vuelven a ganar —esto lo dice la Gusana. Lo encontré una tarde de mayo descansando en una hamaca, en la bodega de una cooperativa pesquera. De sus motores, el pescador no tiene noticias.

—La segunda vez que pasó los ganaron ahí por la plataforma Usumacinta, nos quitaron tres, a otras tres lanchas lo mismo, y nada. Ahora estamos ya más pendientes, ya la gente duerme sin luz, pero tienes que estar más abusado por los barcos.

«En 2016 se presentaron 62 denuncias y en 2017 llevamos 19, lo que hace un total de 81 denuncias», informó el secretario de Pesca de Campeche en una nota publicada en Noticiarios Televisa el 9 de junio de 2017. Después se lee una declaración del fiscal general de Campeche: «Se están dando resultados, lo que queremos es que la gente se acerque para ver si esos motores son los que están relacionados con sus denuncias y los puedan recuperar».

Siguiendo la carretera 180, luego de dejar atrás Nuevo Campechito, se extiende la península de Atasta. En sus playas es fácil ver a las embarcaciones ribereñas con las que se pescan escamas o camarones. Aquí charlo con un pescador que vivió hace un mes el robo del motor a su lancha.

—Íbamos tres hombres. Estábamos a unas cinco brazas, como por ahí de la media noche o una de la mañana, nos llegaron unos encapuchados con pistola en mano y gritaron «¡Bájense!», agarraron a un chavo, lo *manieron* y lo cruzaron a otra lancha, se llevaron el motor. Fueron dos lanchas. Iban cuatro o cinco personas en cada lancha.

Cuenta el pescador que los piratas los cruzaron a una de las lanchas en las que se desplazaban, vendaron sus ojos y en quince minutos terminaron el atraco. Después les dieron instrucciones para que los pescadores regresaran a la embarcación, ahora sin motor. Minutos después otros compañeros pescadores notaron el atraco, auxiliándolos.

—Ahorita ya casi no salen a pescar en la noche, tienen miedo. Han pasado como unos diez o quince casos, ahora estuvieron seguido. La raza agarró miedo, por eso no sale en la noche.

*Publicado originalmente en Liberación Tabasco, mayo de 2017*



## Cómo se rescata una lengua

Don Manuel lee con su voz octogenaria una lista con frases de cortesía en su lengua *numdi oodi* (lengua verdadera). A su lado una niña replica las palabras en español:

—*Ju' na.*

—Hola.

—*Muy guübük tzunyi.*

—Buenos días.

—*Muy guübük tec jaama.*

—Buenas tardes.

—*Guübük tzu.*

—Buenas noches.

Es una mañana de verano en Ayapa, un poblado de 5640 habitantes a cincuenta y cinco kilómetros de Villahermosa. La escena con el viejo y la niña se desarrolla en la biblioteca rural, en donde don Manuel, don Isidro, don Cirilo, don Manuel y su hijo José Manuel, cuatro viejos y un hombre de treinta y cuatro años, se han propuesto rescatar la lengua de sus ancestros enseñándola a los niños. Los viejos pertenecen a los veintitún hablantes de la lengua en Ayapa. De acuerdo con la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), entre las veintitrés lenguas del país con la clasificación de «Extinción acelerada» la *numdi oodi* corre el mayor peligro de desaparecer. Todos sus hablantes son personas mayo-

res. Cuando mueran, la *lengua verdadera* morirá con ellos. A menos que los retoños se multipliquen y crezcan, para que la tumba no selle los labios de los hablantes del ayapaneco.

Cada sábado a las diez de la mañana comienza el taller Ñe nyo'n ndxe chíf gax (El retoño de mis raíces), aquí los jornaleros se convierten en maestros, tratando de enmendar el error de no haber legado la lengua a sus descendientes. En las escuelas primarias del gobierno de Tomás Garrido, los maestros reprimían a sus alumnos con castigos físicos por hablar su lengua; así, poco a poco el español fue supliendo al ayapaneco, además de la emigración de muchos habitantes. Dato curioso: según datos oficiales en Ciudad de México existen cinco hablantes, dos en Sonora y uno en Tamaulipas.

Hoy los alumnos apenas son un puñado. Luego sabré que me ha tocado un mal día para presenciar el taller, en los mejores cerca de cuarenta niños y adolescentes acuden a aprender *numdi oodi*. Una niña y un niño se sientan frente a una mesa para escuchar la lección uno: frases de cortesía, de la boca de don Isidro, don Manuel y su hijo. Ellos tienen a su cargo enseñar a los nuevos retoños. «Es cuestión de que le echas ganas», le aconseja José Manuel a la niña, comparando su progreso con el del niño de menos años, pero más avanzado en las lecciones, que copia en su libreta la lista de saludos comunes mientras don Isidro la sostiene.

México cuenta con 11 familias lingüísticas, 68 lenguas y 364 variantes lingüísticas. El zoque ayapaneco, zoqueano del golfo, o simplemente ayapaneco es una variante de la familia lingüística mixe-zoque. Durante siglos sus hablantes estuvieron fuera del radar hasta que en 1966 el historiador y lingüista Antonio García de León visitó Ayapa. En esas fechas en la comunidad de 2000 habitantes vivían 150 hablantes de la *numdi oodi*, «todos mayores de 35 años». García de León realizó estudios alternan-

do estadias a lo largo de dos años. En este lapso elaboró «un pequeño vocabulario» y grabó en cinta magnética dos relatos sobrenaturales contados por Rafael Jiménez: «La niña capturada por el duende» y «Los brujos que se convertían en chivos».

Después de ese primer acercamiento hace medio siglo, diversos lingüistas de diferentes nacionalidades visitaron Ayapa para estudiar su lengua. Entre los más recientes está el antropólogo estadounidense Daniel F. Suslak, que se ha encargado de desmentir las historias falsas que han surgido alrededor de la *numdi oodi*. La más conocida: don Manuel y don Isidro son los últimos hablantes de la lengua y están peleados, si ellos mueren la lengua morirá con ellos. La historia fue replicada en medios nacionales e internacionales, inclusive una empresa de telefonía alemana usó este argumento para hacer la campaña de *marketing*, «Viva Ayapaneco»: en un video grabado en Ayapa se presentaban como los salvadores de la lengua y los creadores de la escuela de ayapaneco. Todo era falso. Los dos viejos no se hablaban porque no tenían nada en común. Hoy los veo a ambos sentados en la misma mesa en el papel de maestros, enseñando a los más pequeños su lengua.

Sobre el mixe-zoqueano, Suslak escribe: «Puede que nunca hayas escuchado de esta familia lingüística, pero hay al menos dos cosas que vale la pena saber. Uno de los más viejos sistemas de escritura, llamado epíolmeca, fue inventado por hablantes del lenguaje mixe-zoqueano. La escritura epíolmeca existió por aproximadamente 500 años, entre el 300 a. C. y 200 d. C. Y luego está la palabra cacao, el árbol del que proviene el chocolate. Esta palabra es la contribución mixe-zoqueana más famosa a nuestro vocabulario global; en ayapaneco se pronuncia *kaagwa*».

«La lengua ayapaneco se separó del resto del zoqueano del golfo cerca de la fecha en que España conquistó México hace cinco siglos. Una estimación confiable es que emergió hace

600 o 700 años. Nunca tuvo más de 500 hablantes. Siempre estuvieron rodeados y mezclados con más grandes y poderosos grupos de personas: hablantes de náhuatl, el lenguaje de los aztecas; lengua maya y chontal; así como de español y francés. Es notable que después de todo este tiempo, y con tan pocos hablantes nativos para empezar, alguien pueda todavía hablar ayapaneco», observa el antropólogo en su sitio web.

Carolina y Alejandra son dos de las alumnas más avanzadas de la clase. Las adolescentes toman las lecciones de *numdi oodi* desde hace tres años, cuando el taller se impartía en la casa de don Manuel y su hijo. Las dos chicas repiten las frases escritas en un memorama elaborado en el taller «El retoño de mis raíces» que el INALI editó e imprimió en coloridas tarjetitas. Cada joven escucha atenta la pronunciación en boca de sus maestros, don Manuel Segovia (el menor de los dos señores Manueles, porque además de compartir la lengua comparten el nombre) y de don Cirilo, el hermano menor de don Isidro.

Alejandra pronto cumplirá quince años. Bromea con don Cirilo mientras trabaja en su pronunciación.

—¿Por qué decidiste acudir al taller? —le pregunto. La adolescente contesta animada con una anécdota:

—Es curioso porque un amigo me invitó. Mi mamá no me dejaba venir porque es súper desconfiada, no me deja salir mucho. Yo no vivo con ella, yo vivo con mi abuelita, ella me dijo, «Ve a escondidas, yo le digo a tu mamá que saliste a comprar o algo así». Entonces yo estuve viniendo todos los sábados, y mi abuelita le decía que yo iba a hacer tarea, hasta que un día me invitaron a ir a la Ciudad de México los del INALI al festival del Museo Nacional de Antropología, pero tenía que llevar a alguien. Mi abuelita no quería ir, entonces le tuve que decir a mi mamá para que ella me acompañara. Primero me regañó, pero después se dio cuenta que en serio me gustaba.

—¿Qué te motivó a aprender?

—Mi abuelito. Yo no sabía que había una lengua, entonces él me había platicado que don Manuel le había comentado que ya estaba regresando la lengua y la querían rescatar. Antes de que falleciera me dijo que a él le gustaría mucho que yo aprendiera esto porque iba a ser súper bonito que una de sus bisnietas fuera como él, entonces él me inspiró mucho desde chiquita, como no tuve una figura paterna real él se convirtió en mi papá, me inspiró a salir adelante y me convencí por él, porque mi abuelita me dijo que para hacerlo feliz ahí donde sea que estuviera, y me gustó; primero me parecía aburrido pero me fui interesando más y fui descubriendo cosas y pues me gustó.

Don Manuel y su hijo José Manuel se animaron a rescatar la lengua de sus ancestros cuando investigadores extranjeros y medios de comunicación arribaron a Ayapa a mediados de la década pasada. Aunque el padre era reticente para enseñarle la *numdi oodi* a su hijo, se dio cuenta del error y comenzó a transmitirle su lengua cuando José Manuel había pasado los veintitrés años.

Hace un año la biblioteca del pueblo es sede del taller «El retoño de mis raíces». «Eso fue una iniciativa que tomaron los del INALI, de cambiarse hacia acá y de hecho ya tiene un año que se cambió el taller para acá. Nosotros trabajamos allá en la casa durante tres años y mucho antes de eso ya teníamos como siete años atrás trabajando también por nuestra cuenta. Los últimos tres años ya fueron donde se integraron también los otros señores y fue donde intervino el INALI, porque anteriormente no teníamos ningún tipo de apoyo de autoridades para impulsar este trabajo», explica José Manuel al terminar la lección de este sábado.

El logo del taller es el tronco de un árbol talado del cual surge un pequeño retoño al que un niño riega con agua. José

Manuel dice que esta idea es suya. Para el logo y el nombre se inspiró en la historia de los indígenas zoques en Ayapa. «La lengua es como un árbol, un árbol al que lo cortan al ras del suelo, tajante, sin darle tiempo a nada. Al paso del tiempo alguien llega y ve que todavía tiene vida ese árbol, todavía no ha muerto, entonces comienzan a regarlo, a regarlo, a regarlo, hasta que el árbol empieza a retoñar nuevamente y por eso se llama el retoño de mis raíces, porque es un árbol que a pesar de no haber echado retoños estaba vivo y con los cuidados y el interés ha vuelto a retoñar; ese es los niños que hoy tienen el interés por volver a aprender la lengua, el tronco son todos los señores que volvieron a tomar la iniciativa de cooperar para que podamos volver a enseñar a los niños y el retoño ahora floreciendo son todos los niños que han crecido. Ahorita ya salió un retoño y esperamos que salgan muchos más».

*Publicado originalmente en Liberación Tabasco, abril de 2017*

## Los últimos latidos del mercado Pino Suárez

Escucho el sonido de las maquinitas tragamonedas en el mercado Pino Suárez. Los pesitos caen dentro de la abertura provocando un ruido metálico. Veo a hombres y mujeres —nunca faltan los abuelitos— probando su suerte; cuando les favorece, con la misma rapidez con la que la máquina expulsa las monedas estas vuelven a entrar: tin-tin-tin caen las monedas y la lucecita roja comienza su trayecto sobre las frutas dibujando un cuadrado. A mi izquierda, justo en la entrada, un hombre grita «¡Limonas, a diez la bolsa!», e intercambia palabras con una señora de cabello cenizo que vende ajos. Camino sobre el piso gastado, sintiendo el olor de las cañerías, taquerías, carnicerías, chiles, croquetas para perros, alimento para aves de corral. Es la primera mitad de julio y visito el mercado más grande y más viejo de Villahermosa porque hay planes de que este galerón de casi una cuadra y techo alto sea derribado para adaptarse a la modernidad.

Mercado Pino Suárez. Planta alta. Administración. Habla Ernesto Govea Contreras: «Yo vivía en la esquina de Lino Merino y Pino Suárez cuando vino el gobernador a inaugurar el mercado. Pues como todo niño curioso, trece o catorce años tenía yo, me jalé para acá para el mercado y me asomé por los portones que en ese tiempo estaban y vi hacia adentro y me pareció algo inmenso, era la nave central. Cuando llegaron los señores, los

políticos con toda la pompa aquella que ese día llegó a inaugurar el mercado, cortaron el listón y ahí habló el gobernador, en ese tiempo estaba Madrazo, y de lo que me acuerdo es del costo de la inversión que se hizo, era de cuatro millones de pesos en aquel tiempo. Eso es lo que más recuerdo. Lo que vi del recuerdo. Fue como una experiencia inolvidable sin saber que yo iba a ser el administrador del mercado y que una niña preciosa me iba a venir a entrevistar el día que yo cumplía setenta años», narra pícaro don Ernesto en su oficina.

Hace cincuenta y cuatro años de esa anécdota; hoy explica que el mercado manifiesta serias deficiencias estructurales en las instalaciones eléctricas y el drenaje. «Ya es necesario», responde cuando se le pregunta sobre el proyecto de reconstrucción del Pino Suárez con una inversión de 280 millones de pesos. El galerón de casi una cuadra será sustituido por un edificio de tres pisos, con espacio para 1200 locales y un estacionamiento, según anunciaron en abril de 2016 las autoridades municipales.

«Esos grandes monstruos poco a poco han ido liquidando a nuestros mercados», afirma refiriéndose a las cadenas de supermercados de publicidad azul, roja o naranja que abren sucursales en las colonias: «No estaban preparados los mercados para la competencia, lucharon, hemos sobrevivido por la tradición y la cultura: el regateo, el calor humano, muchas veces hay buenas pláticas, buena vibra, eso le gusta a los que vienen aquí. En los grandes almacenes el trato es muy frío. Aquí hay productos frescos, del día, no refrigerados».



«El rincón artesano» se encuentra a pocos metros de la entrada frontal derecha del mercado Pino Suárez. Con el número 36

pintado en la parte superior, este pequeño local es uno de los casi 1150 locales que se encuentran en el mercado. Ahí charlé con sus dueños: Gebert, un señor de ojos verdes, y con su padre, don Robert Zurita que a sus ochenta y dos años es uno de los últimos miembros fundadores del mercado Pino Suárez. Recuerda los años de apogeo del mercado: «No había supermercados en la ciudad, no había nada. Era el mercado público, eso hacía que esto viviera lleno». El abuelo de cabello blanco, camisa celeste, pantalón negro y botas negras lustrosas posee junto a su familia cuatro locales que han servido para construir el patrimonio de su hogar. Gebert, el mayor de sus cuatro hijos, es el propietario de «El rincón artesano». Desde hace cuatro años, con sus productos variopintos lo adaptó a la modernidad depredadora: «Nosotros seguimos conservando las tradiciones de Tabasco. Todo esto es de aquí de Tabasco. Todo está hecho en Tabasco, todo artesanal», dice orgulloso don Robert.

Los contrastes de colores y productos bien podrían servir para ilustrar una postal. Así se ve el local de limpias paredes blancas de los Zurita: hay relojes de mujeres tabasqueñas que en sus faldas extendidas marcan la hora, cayucos en miniatura apilados sobre un estante, frascos de salsas de colores negro, verde, rojo y naranja —dependiendo del picor—, licores de cacao, maracuyá, flor de Jamaica; horchatas, galletas, chocolates, botellas de vainilla, bolsas con granos de cacao, panes de Emiliano Zapata, quesos de Tenosique, llaveros, ceniceros, cabecitas olmecas...



Don César Aguilar, setenta y un años, bigotito y cabellera entrecana, me cuenta anécdotas de su vida en su mercería «César», ubicada desde hace seis años en un local de la planta alta

del mercado Pino Suárez: «Cuando yo entré aquí no existía eso», y señala hacia la calle Primavera que separa dos cuadras que se extienden hasta la calle Pedro Fuentes. En cada esquina hay letreros azules de una cadena de abarrotes seduciendo a los clientes del mercado. Don César se refiere a hace más de medio siglo: «Todo ahí era orilla casi del río, lleno de sauce llorón. Todo eso era sauce llorón. Te digo porque yo venía a jugar ahí, yo soy mero choco». Su padre abrió un local donde vendía frutas y legumbres cuando se inauguró el mercado, pero el negocio aguantó solo dos años al cambio.

De estantes de madera en su local cuelgan agujetas de zapatos y en las paredes hay estambres y botecitos transparentes con botones. Es una mercería en extinción: «Parisina y Modatelas han acabado con las mercerías chicas. Aunque todavía se defiende uno, porque normalmente aquí la atención es personal», de esta charla anoto en mi libreta de apuntes que en sus tiempos los tacos costaban treinta centavos y abajo, en las calles, el concreto ha suplantado al sauce llorón, está inundando Villahermosa.

*Jalpa de Méndez, Tabasco, agosto de 2016*

## Las sirenas de los Bitzales

*...pero una tarde te vi / siguiendo  
sobre la arena / el rastro de una  
sirena / que se volvió manatí*

Juan José Arreola

En el Atlántico americano, a través de océanos, ríos, pantanos y lagunas, nadan las sirenas de Colón, el ganado de Ix-Bolon, la diosa de los yokotanes. Tienen rostros de rasgos masculinos, cuerpos grises, macizos, con una aleta que suplanta las piernas y manos con forma de paletas; cuando tienen hambre, devoran algas, pequeños peces e incluso mangos que caen de los árboles a las orillas de las lagunas del trópico. En México se les ve nadar en las aguas transparentes del caribe mexicano o en las aguas turbias de los estados colindantes con el golfo de México.

Durante treinta y cinco millones de años de evolución se adaptaron a la vida en las costas del Atlántico, hasta que llegó el hombre con sus lanzas o trampas con formas de ductos. En las aguas del golfo de México, en tiempos prehispánicos, a pesar de inspirar figurillas de barro, eran cazados para saborear su carne o extraer sus huesos; después, en la conquista, su cacería aumentó para ser explotados comercialmente. Ahora mueren asfixiados en las redes pesqueras o al quedar atrapados en ductos de 36 pulgadas en los pantanos de Tabasco, al ser golpeados por lanchas, al quedar varados en pozas que se secan, al aislarlos en lagunas urbanas o

por causas inexplicables, como en el agua de los Bitzales, en los pantanos de Centla, donde murieron casi cincuenta ejemplares en menos de cinco meses. Meses después se pudo conocer el motivo de tanta muerte: fue una combinación de factores, entre algas que causaron que los manatíes se asfixiaran en sus aguas, la sequía e hidrocarburos. Si esto continúa, los más de treinta y cinco millones de años de evolución tendrán punto final en el siglo XXI.



El manatí inspiró leyendas en los exploradores europeos que se adentraron a América en el siglo XIV. El 9 de enero de 1493, Cristóbal Colón, cerca de las costas de La Hispaniola, hoy República Dominicana, anotó en su diario que días antes había visto surgir de las aguas tres sirenas: «No son tan hermosas como las pintan, pues sus rostros tenían rasgos masculinos», escribió el almirante.

La inspiración le llegó también a los yokotanes, mayas habitantes de las tierras del sureste mexicano, que veían en ellos el ganado de Ix-Bolon, diosa de los mares, quien descendía para recoger el espíritu de los animales que morían. ¿Cuántas veces tuvo que descender Ix-Bolon en 2018 para recoger los espíritus de su ganado? Desde mayo al 7 de septiembre, Día Internacional del Manatí, la diosa tuvo que descender cuarenta y cinco veces tan solo en los pantanos de Tabasco, zona donde se concentra la población más grande de manatíes de México.



En las aguas yokotanes, las primeras muertes de manatíes no causaron mucho revuelo entre los habitantes de El Maluco, un

arroyo que se extiende a través de diferentes comunidades de pescadores localizado en Macuspana, Tabasco. Mayo iniciaba, el estiaje secaba los pantanos tabasqueños. Durante esas fechas los pescadores estaban acostumbrados a encontrar manatíes varados cuando disminuían los niveles del agua a causa de la sequía.

Al terminar el mes, los peces flotaban muertos junto a los lirios. En veintinueve días sumaban doce los cuerpos encontrados sin vida en el arroyo de lo herbívoros acuáticos más grandes del mundo. Tantas muertes alarmaron a los habitantes de las comunidades aledañas. Yuliana Cambrano, vocera de las cooperativas pesqueras, de la zona, dijo en entrevista telefónica que cuando los pescadores empezaron a ver las muertes masivas y los decesos de los peces comerciales, los habitantes de los Bitzales decidieron cooperar para pagar quince mil pesos con el objetivo de costear un análisis del agua hecho por el Instituto Tecnológico de Boca del Río.

El 13 de junio el laboratorio recibió las muestras tomadas en cuatro diferentes zonas, donde eran constantes los decesos de manatíes, de carpas y peces diablo. Se recogieron en El Maluco, El Llano, y Bitzal primera y tercera secciones. Diez días después la Profepa reportaba que once manatíes habían fallecido. Para finales del mes la prensa publicaba declaraciones de habitantes de los Bitzales y ambientalistas, quienes sostenían que los causantes eran el calor, la intensa sequía y la contaminación de los cuerpos de agua.

El Maluco se encuentra dentro a la Reserva de la Biosfera de los Pantanos de Centla, un Área Natural Protegida (ANP) desde 1992 que se extiende a lo largo de 300 mil hectáreas, las cuales conforman el humedal más grande de América del Norte. Las principales amenazas de esta ANP, de acuerdo con especialistas, son la construcción de presas, de viviendas, los incendios y las políticas y programas de desarrollo incompatibles. También

mencionan que «24 % de la fauna se encuentra en algún grado de vulnerabilidad dada por las diversas actividades antropogénicas que conllevan a la destrucción y modificación de su hábitat, así como de la extracción y explotación directa del recurso».

En 2006 fue integrada a la Red Mundial de Reservas de Biosfera del Programa sobre el Hombre y la Biosfera (MAB) de la UNESCO. En esta zona las leyes mexicanas protegen 14 especies de flora, 56 de aves, 36 de reptiles, 6 de peces y 46 de mamíferos, uno de ellos, el manatí antillano, especie en peligro de extinción (Semarnat, 2010), el cual internacionalmente es considerado como símbolo de la preservación marina, pero su población se ha visto disminuida por los efectos producidos por el hombre en la tierra, o sea, por causas antropogénicas.

En mayo de 2016, en los Bitzales, pescadores denunciaron que los canales abiertos por Petróleos Mexicanos (Pemex) para interconectar drenes al río Chilapa, servían de ruta para que los manatíes se adentraran a lugares peligrosos, donde eran cazados o morían a causa de lanchas, aunque también morían al quedar atrapados en redes o varados en el lodo. Las tuberías de 36 pulgadas de Pemex eran trampas mortales para los sirénidos. En mayo de 2016 los pescadores reportaban a la prensa el deceso de cinco ejemplares.

Para atender estas contingencias, la Profepa creó el Protocolo de Atención para Varamientos de Mamíferos Marinos. Desde el 2015 hasta el 9 de mayo de 2018, el protocolo se activó en treinta y un ocasiones para auxiliar a manatíes en los estados colindantes con el golfo de México, de acuerdo con datos de solicitudes de información hechas a Profepa. En Chiapas y Tabasco, con trece y nueve activaciones respectivamente, es donde se han brindado más atenciones.

A mediados de mayo y en junio de 2018, el protocolo superó las activaciones de los tres años previos en Tabasco. En

menos de dos meses se encontraron once cuerpos sin vida de ejemplares de manatí en Centla y Macuspana. Las cifras de la Profepa contrastaban con las registradas por los pescadores: en mayo denunciaron doce ejemplares de manatíes muertos, junio cerraría con veinticinco defunciones, aunque los cuerpos sin vida de los sirénidos se encontraron en otras zonas, como El naranjo, El llano, y en cuerpos de agua colindantes en los municipios de Jonuta y Centla, además de un par de ejemplares encontrados en distintas lagunas y ríos cercanos a Centro, municipio donde se localiza la capital de Tabasco.

El 5 de julio la Profepa reportó catorce ejemplares muertos. También anunció la creación de un grupo de trabajo interinstitucional para encontrar las causas de los decesos. Entre las hipótesis de las muertes investigaban la posible intoxicación por hidrocarburos, agroquímicos, plantas y microalgas; también se consideraba como causa la presencia de patógenos transmitidos por animales domésticos.

El 27 de julio, Yuliana Cambrano, acompañada de la ingeniera ambiental Stephanie Méndez Fuentes, presentaron los resultados de los análisis hechos por el Instituto Tecnológico de Boca del Río (ITBC): se encontró presencia de metales pesados como el cadmio, plomo y aluminio, que superaban los límites máximos establecidos en la norma oficial mexicana NOM-127-SSA1-1994 sobre «salud ambiental, agua para uso y consumo humano, límites permisibles de calidad y tratamientos a que debe someterse el agua para su potabilización». La mayor concentración de metales pesados se reportó en los Bitzales tercera sección. Para entonces ya eran cincuenta los cadáveres de manatíes encontrados por los habitantes de la zona.

Ese mismo día la Profepa anunció que a partir de la mañana siguiente se implementaría el plan de rescate y resguardo temporal de manatíes de la zona de los Bitzales. Reconocían

una contingencia por la mortandad de 27 organismos «21 de ellos encontrados en el río Bitzal y el arroyo Maluco». Los ejemplares serían transportados hasta la estación de Tres Brazos, en Centla.

Dos días después, el 29 de julio, en un comunicado la Profepa descartaba toxicidad por hidrocarburos, metales o plaguicidas, contrario a los resultados de los análisis del ITBC. El reporte de los análisis hechos por la Conagua fue entregado al grupo interinstitucional que investiga las causas de los decesos.

Cifras oficiales señalan que seis mil personas son las que se abastecen de los arroyos contaminados. Yuliana Cambrano informó que en la zona operan veintiún cooperativas pesqueras, once afectadas directamente. Son entre quinientos y seiscientos los pescadores asociados, sin contar a los pescadores libres, quienes reclamaban pronta solución a la contingencia.

Sobre los resultados presentados por la Conagua y la Profepa, Cambrano expresó en entrevista que son inciertos. «Ellos muestrearon 10 puntos muy distintos a nuestros sitios de muestreo, lo prudente era decir que en los puntos donde hicieron los análisis no encontraron la presencia de metales pesados, hidrocarburos o plaguicidas, pero no descartamos que existan, ya que ellos no monitorearon todo el sitio».

A su vez, los organismos gubernamentales explicaron que las muestras recibidas por el ITBC «fueron tomadas directamente por los pescadores, sin contar con un protocolo y cadena de custodia», por lo cual, la Conagua integró a los pescadores a un muestreo de agua realizado del 17 al 20 de agosto.

La desconfianza hacia Petróleos Mexicanos entre los habitantes de los Bitzales data desde 1951, cuando la actividad petrolera empezó a desarrollarse en la Reserva de la Biosfera, con el descubrimiento del campo petrolero de San José Colomo, luego el Cantemec en 1953 y el Hormiguero, en 1959. Desde enton-

ces la zona se ha caracterizado como una de las más importantes para la producción de gas en el país.

Datos oficiales reportaban que para 1997 las instalaciones de Pemex en la Reserva eran 55 campos petroleros con 295 pozos, cinco estaciones de recolección, 150 líneas principales de descarga de pozos y cinco ductos principales. Así también atraviesan el área 96 kilómetros de ductos que transportan hidrocarburos de la sonda de Campeche al Complejo Petroquímico de Ciudad Pemex y se ubica una estación de baterías de separación, «esto último es de vital importancia —resaltaba el Instituto Nacional de Ecología y Cambio Climático—, pues constituye una fuente de contaminación grave porque las pozas de desechos por lo general sufren derrames en las épocas de lluvias».

Para investigar si la actividad extractiva —como infieren las denuncias de los habitantes de los Bitzales— es la causante de la muerte de fauna silvestre, la Agencia de Seguridad, Energía y Ambiente (ASEA) verificó cuarenta instalaciones de Pemex, «sin encontrar evidencias de ser fuentes de contaminación por fugas o derrames», no obstante en dos instalaciones se encontraron iridiscencias y se clausuró el pozo Usumacinta 12, dado que presentaba condiciones inadecuadas de mantenimiento, esto no extraña a la población del lugar, puesto que muchas de las instalaciones localizadas en la zona se encuentran actualmente fuera de servicio o abandonadas. Asimismo, la ASEA ordenó «como medida de urgente aplicación la realización de pruebas de integridad mecánica de líneas de conducción en el pozo Usumacinta 14».

A diez días de iniciarse las labores de rescate que planeaban extraer a cincuenta manatíes de los Bitzales, fueron rescatados tres ejemplares. Sobre esto Darwin Jiménez Domínguez, biólogo y profesor investigador de la UJAT, quien integra la

Red para la Atención de Varamientos de Mamíferos Marinos y participa directamente en las labores de rescate, señaló en entrevista que es muy difícil capturar a los ejemplares porque la zona «es como un gran laberinto, como un espejo roto que va conectando los ríos, arroyos y lagunas».

Cuestionado sobre los análisis del ITBC, explicó que no puede opinar sobre unos resultados que no ha tenido a la mano. «Es muy complejo porque realmente existen algunos metales pesados, habrá que revisar dónde está la concentración, por ejemplo, en columna de agua al menos lo que se ha detectado es que los niveles de algunos elementos no están en una concentración que puedan causar una intoxicación aguda, o sea, no es que vaya a causar la muerte en pocos días, sin embargo, no se tienen estudios de qué puede pasar a nivel crónico, al menos con la especie». Para el biólogo lo que ocurre es una combinación de muchos factores.

Ana Romero Calderón es una médica veterinaria con maestría en recursos naturales y desarrollo rural, para su tesis de posgrado examinó durante seis meses registros óseos de manatíes en El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Chetumal, con el objetivo de comparar si los manatíes de las regiones del golfo de México y la bahía de Chetumal presentaban concentraciones de metales pesados. Las conclusiones de su estudio confirmaron «la exposición y acumulación de metales no esenciales como el cadmio y plomo, y esenciales (arsénico, cromo, cobre, níquel y zinc) en los tejidos óseos de manatíes». En humanos, la exposición a los metales pesados provoca daños al sistema nervioso, a los riñones y al hígado. En manatíes existen pocos estudios de toxicología que expliquen los efectos de estos metales en la especie.

De acuerdo con su estudio, hay diferencias de concentraciones entre las regiones. «Evidentemente, la actividad petro-

lera en la región del golfo de México con su alta producción, apunta a ser la causa principal de la mayor concentración de metales en el tejido óseo de los manatíes del golfo de México», señaló Romero Calderón. Sin embargo, explicó en entrevista que no se conocen los límites de tolerancia de la especie a los metales pesados. «Eso es un problema», apuntó, sobre todo por las muertes masivas ocurridas en la zona de los Bitzales en los últimos cinco meses.

En el análisis de los tejidos óseos del manatí antillano, Romero Calderón también concluyó que «las concentraciones de plomo mostraron diferencias entre edades, probablemente debido al tiempo de exposición. Esto sugiere que la exposición a este elemento en su hábitat es crónica y puede ser un factor de riesgo a largo plazo para la salud de los animales de mayor edad y etapas reproductivas».

El 13 de septiembre, la Profepa comunicó los resultados de análisis de laboratorio practicado a Muñeco, uno de los tres manatíes rescatados a principios de agosto. Los resultados mostraron que los niveles de metales presentes en su orina «no representan riesgos para la salud de los sirénidos». Además, «muestreos en sedimentos, agua y plantas señalan concentraciones de metales pesados e hidrocarburos inferiores al límite de posible afectación de la vida acuática». Aunque reportaron que se encontró presencia de metales pesados en el cadáver de un ejemplar registrado el 14 de julio, «es incorrecto generalizar» que esta presencia se observe en manatíes muertos y vivos.

Sobre estos análisis toxicológicos, Romero Calderón se mostró cauta, indicó que no es idóneo deslindar la hipótesis de los metales pesados con una muestra de orina de un solo ejemplar. Ella supone que, a consecuencia de la sequía y al incremento de la temperatura, los metales pesados aumentaron su toxicidad.

Al 30 de septiembre el mapa del monitor de sequía en México del Servicio Meteorológico Nacional (SMN), muestra una gran mancha roja sobre la mitad del territorio tabasqueño indicando sequía extrema. Desde el centro al oeste del estado, particularmente en los municipios de Macuspana, Centro, Nacajuca, Jalpa de Méndez, Centla, Cárdenas y Paraíso. En el país, además de Tabasco, solo en parte del sureste de Veracruz y en la frontera entre Baja California y Estados Unidos de América se presentan estos niveles.

Los niveles históricos de sequía empezaron a registrarse a finales de mayo cuando el monitor reportaba que trece de los diecisiete municipios se encontraban anormalmente secos, durante cuatro meses la temperatura siguió aumentando, al 15 de septiembre la clasificación se extendió a la totalidad del estado, y para finales del mes eran trece los municipios clasificados con sequía extrema y los restantes con sequía severa. En informaciones oficiales, se ha reportado que en tres años la cantidad de lluvia disminuyó y que se ha retrasado el inicio de la temporada de lluvias en Tabasco.

De acuerdo con la Profepa y la Semarnat, las altas temperaturas incrementaron la evaporación del agua, la cual es una de las causas que ha propiciado el florecimiento de algas nocivas, esta es una de las tres hipótesis actuales que investigan los organismos gubernamentales para explicar la mortandad masiva de sirénidos, además de la depredación humana y la contaminación de aguas.

En palabras de Jorge Goñi Arévalo, uno de los investigadores que participa en las investigaciones de la Semarnat para encontrar las causas de la mortandad masiva, «existe un 90 por ciento de probabilidad» de que las cianobacterias sean el factor que afecta a la fauna acuática de la zona, ya que estas se adhieren a las hojas de lirios o pastos y son consumidas por manatíes en cada bocado que toman.

«La sobreactividad de esta alga consume el bióxido de carbono del agua, lo que eleva el PH, la hace alcalina y se convierte en un factor irritante. Contiene dermatoxina que daña los tejidos externos e internos que provocan lesiones en el tracto digestivo y pulmones de los animales que las ingieren», explicó Goñi Arévalo.



Las leyendas yokotanes cuentan que cuando el manatí se extinga, el mundo acabará pronto. Si bien un poco de fatalismo impregna las narraciones de los habitantes del sureste, la importancia de conservar al ganado de Ix-Bolon radica en que es una «especie sombrilla», al protegerlos, se protege su hábitat. «Es una especie indicadora, si la monitoreas, sabes lo que está pasando en el medio donde vive», explicó Romero Calderón e hizo hincapié en que lo que sucede en los Bitzales «es la punta del iceberg del cambio climático».

*Jalpa de Méndez, Tabasco, septiembre de 2018*



## Llueve sobre mojado

Cuando los dos agentes de migración tocaron a su puerta, Juan Eudes Mijangos Pérez se vestía para ir a trabajar. Eran las seis de la mañana en septiembre de 2016 en Columbia, Carolina del Sur. Así temprano, de repente, las dos décadas lejos de Tabasco se le acabaron. Él pensaba regresar, pero no así, sin tiempo de preparar el viaje. Juan tiene cuarenta años y dejó la mitad de su vida en Estados Unidos de América.

Los hombres afuera de su casa vestidos con chalecos antibalas y la pregunta «¿Tú te llamas Juan Eudes Mijangos Pérez?», le indicaron al tabasqueño que eran agentes de migración. Les enseñó su pasaporte, una matrícula consular, y ellos le dijeron el motivo de su arresto: un cargo del 2008 por manejar bajo la influencia del alcohol. Juan protestó, su multa ya la había pagado, según él, no tenía pendientes con la ley. No importó. «Honestamente, tu delito es ser ilegal», le dijeron.

Un mes y medio estuvo Juan en un Centro de Detención para Inmigrantes en Georgia. Compartió la estancia con mexicanos, centroamericanos, africanos y europeos, entre todos eran cerca de ochenta migrantes. Se rindió a pelear por su caso al ver que compañeros con esposas e hijos lo perdían. Ante el juez renunció a sus derechos. El 27 de octubre de 2016, a las seis de la tarde, ingresó a México, en Reynosa, Tamaulipas. Dos horas después, lo secuestraron. Juan cuenta que se aburrió de esperar

un autobús en la oficina de migración, él y otros cinco decidieron dirigirse a la central de autobuses, pero tras caminar tres cuadras, cinco vehículos les cerraron el paso.

—Entre ellos dos taxis —dice Juan—. Nos amenazaron que si con permiso de quién estábamos ahí. Nosotros les dijimos que nos habían deportado y que solo estábamos de paso y queríamos llegar a la central de autobuses, y pues ellos groseramente y violentamente nos amenazaron que si cooperábamos no nos iba a suceder nada pero que si tratábamos de pasarnos, que ahí nos íbamos a quedar. Entonces uno de ellos trató de huir, no corrió ni una cuadra y lo traían a golpes y pues todos nos alteramos porque honestamente después de catorce años, cuando yo vine la última vez no había tanta violencia y nos dijeron: «Si alguien más lo quiere intentar nosotros no vamos a andar jugando, más vale que cooperen y se porten bien y no va a pasar nada».

Los cinco captores —entre ellos tres menores de dieciocho años, de acuerdo con Juan— los metieron a los taxis. Afuera de un OXXO siguieron extorsionándolos. Minutos antes tres mexicanos que acompañaban a Juan fueron separados del grupo, luego le pidieron a él y a los otros dos quinientos pesos para los taxis y un depósito de tres mil pesos en menos de quince minutos para pagar derecho de piso. Debían apurarse porque la tarifa subiría por cada minuto de retraso. Juan llamó al teléfono de su primo, le explicó la situación, en el tiempo ordenado por sus captores el primo depositó la cifra. Solo dos de los tres pagaron. Así es el México que esa tarde lo recibía, en donde por tres mil pesos te pueden salvar el pellejo.

—Nos traían así, vueltas y vueltas en la ciudad y en una de esas nos dejaron en una gasolinera y nos dijeron: «Allá está la central camionera, agarren para allá y no salgan de ahí. Si ustedes vuelven a salir y alguien los agarra ya es otro rollo, nosotros no podremos hacer nada por ustedes». Y sí, cruzamos a la central

de autobuses y ahí dormí toda la noche, porque mi autobús salió al siguiente día a las siete de la mañana. Afortunadamente a nosotros dos, a los que liberaron, no nos pasó nada. Al otro chavo que supuestamente le depositaron pero que no pudo cobrar no sé qué haya pasado con él. No lo volvimos a ver.

El viaje en autobús duró treinta horas. A finales de octubre de 2016, alrededor de las dos de la tarde, tras catorce años lejos — estuvo tres meses en 2002 de visita— Juan regresó a Villahermosa. En dos décadas viviendo lejos de Tabasco, Juan se encuentra con el estado líder nacional en desempleo y con una ciudad en la cual sus habitantes se sienten los más inseguros del país. Un Tabasco en el que ni las reses pastan seguras, el robo de ganado también coloca al estado en primer lugar. «Nos ha llovido sobre mojado», dijo en noviembre el gobernador Arturo Núñez. Usando su metáfora, Juan ha regresado y no para de llover.

La voz de Juan se escucha sin ganas, con suspiros que preceden las respuestas a algunas preguntas. Uff... Su trabajo instalando tabla roca por diecisiete dólares la hora, su casa de Columbia, la camioneta negra Yukon del 2004 que vendió hace poco para traer sus herramientas de trabajo —explica que acá en Tabasco las más accesibles no se comparan en calidad—. La voz de Juan se escucha en una oficina de gobierno de paredes blancas, con escritorio café cubierto de documentos. Sobre una silla negra se ha sentado Juan, con su cuerpo macizo, piel rojiza, barba de candado, cabello al rape, mirada triste.

El 28 de febrero el gobierno federal destinó 1 768 368 pesos del Fondo de Apoyo a Migrantes para setenta y cinco tabasqueños repatriados. Juan recibió 23 578 pesos, según mis cálculos es una cifra que en Estados Unidos obtenía en semana y media de trabajo. Dice que el apoyo federal lo usará para traer sus herramientas para seguir con sus quince años de experiencia en tabla roca.

—El último año o año y medio yo estaba ganando diecisiete dólares la hora. Yo trabajaba diez horas diarias, o sea eran ciento setenta dólares por día. Después de cuarenta horas se me pagaba tiempo y medio. Estamos hablando de diecisiete más ocho cincuenta, como veintiséis dólares la hora. Y en esos trabajos yo trabajaba sábados y domingos.

—¿La diferencia entre salarios cómo lo afecta?

—Ufff... Honestamente es deprimente, porque aquí he intentado buscar trabajos y lo más que me dan son mil trescientos, mil cuatrocientos a la semana por espacio de diez horas en el sol. Yo sé y estoy consciente que no puedo ganar el mismo salario que en Estados Unidos, pero estoy tratando de buscar un salario pues que me alcance para cubrir mis gastos básicos, porque honestamente con doscientos pesos que uno gane... es lo que me ofrecían a mí, no alcanza para lo básico. Entre pasaje se van como cuarenta pesos al día.

Al tercer día de trabajo en una construcción cerca de Tabasco 2000, Juan tiró la toalla. La jornada de siete de la mañana a cinco de la tarde por doscientos pesos diarios le hicieron declinar. Por estos salarios que apenas alcanzan para vivir cruzó Juan a Estados Unidos en el 97, por Matamoros, Tamaulipas, hasta Austin, Texas. Luego se fue al este. En Carolina del Sur encontró empleo en una planta procesadora de pollos cobrando un salario de siete dólares la hora durante dos años. Cambió los siete dólares por los nueve que le ofrecieron en la construcción. Los migrantes en Estados Unidos también se mueven dentro del territorio norteamericano persiguiendo los billetes verdes, los salarios de catorce, quince dólares, según Juan. Era inicios de siglo. En 2002 visitó Tabasco, tras una estancia de tres meses regresó a Estados Unidos.

—Ahora que regresa a Tabasco, ¿qué le preocupa?

—Pues yo creo que como a cualquier persona, la inseguridad, el desempleo, faltas de oportunidades.

—¿Cree que hay alguna diferencia entre la primera vez que se fue en el 97 y ahora, veinte años después?

—La ciudad ha crecido mucho, pues creo que la economía sigue igual o peor tal vez que cuando yo me fui. Porque sí recuerdo que cuando yo me fui en el 97, las personas, no sé, tenían casas grandes o tenían espacios en sus terrenos para cualquier evento y ahora veo que están las casas pegadas unas tras otras. En pocas palabras, como que está sobrepoblado y es mucha diferencia a como yo dejé Tabasco, a como lo encuentro ahora.

Juan se ha ido. Ahora la silla la ocupa un señor más vivaracho, de igual complexión que Juan, pero con más cabello, seis años más grande, de bigote entrecano a lo Mario Bros, destaca un lunar como frijolito sobre el costado derecho de su nariz. Su nombre es Ángel Aguilar Baldemar de la Cruz. En catorce años construyó en Estados Unidos tantas casas de madera que no se acuerda del total. Le pido que le ponga un número, una cifra a sus construcciones, incluso un aproximado. Se ríe, es imposible. A cambio me da un dato, dice ser uno de los cinco maestros fremiadores que construyó en 2006 una casa en Carolina del Norte con un valor de más de 20 millones de dólares. Según él, pertenecía al dueño mundial de la Coca-Cola.

Tuve problemas al escribir el oficio de Ángel cuando me dijo: «Soy maestro fremiador», supuse que la palabra se deriva de *frame*, que en inglés significa marco.

—Frame se le llama al esqueleto de la casa, porque allá la materia prima es madera —aclara Ángel— yo iba carpintero de aquí, nomás que como se me facilitaron las medidas y todo desarrollé más allá el campo de la carpintería, de hecho, tuve que aprender las medidas básicas de allá, todo. Ya aquí ya vine y me hago bolas, porque traigo la mente de allá. Pulgadas, pies, octavos... aquí a veces se me van las medidas y tengo que volver, regresarlas a mi medida de pulgadas.

Ángel Baldemar tenía treinta años cuando emigró de Jalapa hacia Estados Unidos en octubre de 2001. Con la secundaria terminada, carpintero de oficio, vendió sus herramientas por tres mil pesos y tomó un autobús al norte, motivado por un espíritu aventurero y las remesas que otros jalapeños enviaban a sus familias. En Matamoros, Tamaulipas, trabajó tres meses para reunir quinientos dólares de cuota y pagárselos al coyote, quien una media noche llevó a Juan al río Bravo para cruzar la frontera y recibir su bautizo como mojado. En Brownsville, Texas, reunió mil quinientos dólares durante seis meses, era la cuota si quería pasar la «quinilla» y vivir lejos del valle, alejado de la migra.

Cuando Ángel no estaba remodelando o construyendo casas en donde cobraba de quince a veinte dólares la hora, iba a las esquinas para conseguir trabajos de diez dólares por hora. Dice que no era seguro, porque a veces los policías corrían a los migrantes o hacían redadas. Ahora, viene la pregunta que más provoca suspiros.

—¿La diferencia de salarios cómo afecta?

—Híjole, ahí es donde merma las ganas y el espíritu de uno, aquí no hay de eso. Aquí lo que puede uno aspirar son a doscientos, trescientos pesos si muy bien le va.

Ángel fue repatriado en 2015. Lo agarraron a las diez de la noche cuando intentaba pasar la «quinilla» escondido con otros tres migrantes en la cajuela de un carro. Un perro fue el delator de los hombres acomodados como sardinas. Dos días después ya estaba en México y se regresó a Tabasco.

—Como envié unas máquinas de carpintería, son las que estoy trabajando. Hace años que las envié. Me ayudan a solventar. Allá la economía es más fluyente, con lo de una semana se compra una herramienta y le sobra dinero o se compra unos tenis de marca. Aquí para comprarse unos tenis de marca

tienes que ahorrar muchos meses para comprar unos. En una semana me compraba unos buenos tenis de doscientos dólares. Allá dejé muchas herramientas perdidas. Aquí uno ve las marcas, para nosotros es diferente y son muy comerciales y son bien caras. Las de aquí son caras, nada más que la economía no apremia, no hay mucho trabajo.

Ángel piensa emigrar a Cancún pronto. Según sus amigos allá hay trabajo en la construcción de hoteles y en la instalación de tabla roca, además pagan un mejor salario. El mojado de Jalapa no quiere seguirse empapando con la lluvia de Tabasco.

*Jalpa de Méndez, Tabasco, marzo de 2017*



## Una batalla de banderas: 1 de octubre en Barcelona

La Generalitat, órgano de gobierno de Cataluña, convocó el pasado 6 de septiembre a la consulta por la independencia catalana. Los ecos republicanos de antaño se materializarán este 1 de octubre de 2017. El gobierno español ha respondido con oídos sordos al diálogo y con mano de hierro al referéndum. Esta es la crónica de la votación del 1-0.

A las siete y media de la mañana Barcelona está oscura y lluviosa. Quizá el clima es el presagio del ambiente que envolverá a la jornada del referéndum por votarse este domingo 1 de octubre de 2017. Frente a la estación de autobuses Nord, cientos de catalanes se resguardan debajo de paraguas esperando que sean las nueve de la mañana, hora de apertura de la escuela Fort Pienc, uno de los más de 2315 colegios electorales donde votarán el referéndum suspendido por el Tribunal Constitucional.

Hay personas ocupando los colegios electorales desde el viernes pasado. El objetivo es mantenerlos abiertos a lo largo de la jornada de hoy, para que la presencia de aquellos a favor del voto evite que la Policía Nacional y la Guardia Civil incauten las urnas o cierren las escuelas. Juan, de sesenta y cinco años, arquitecto jubilado, dice afuera del colegio Fort Pienc, que la intención es contar con las personas suficientes para evitar que las fuerzas del gobierno central «puedan secuestrar la posibilidad de votar».

Juan es originario de Vich, la capital de Osona, una comarca ubicada a unos 74 kilómetros al norte de Barcelona. Ayer regresó de un viaje a Nueva York y hoy está aquí esperando la apertura del colegio electoral. No es la primera vez que el pueblo catalán vota por continuar en España o proclamar la república catalana. El antecedente más próximo ocurrió el 9 de noviembre de 2014, llamado esa vez «proceso de participación ciudadana», cuando se le realizó a los catalanes dos preguntas: ¿Quiere que Cataluña sea un Estado? Y en caso afirmativo ¿independiente?, 80 por ciento de los 2 300 000 votantes (33 por ciento) de los convocados votó por el Sí. Una de las diferencias entre el 9-N y 1-0 es que ahora todo se reduce a una pregunta: «¿Quiere que Cataluña sea un Estado independiente en forma de república?»: Sí o No.

El miércoles 6 de septiembre el Parlamento de Cataluña aprobó la Ley Referéndum, así como los decretos firmados para realizar la consulta de autodeterminación de este domingo 1 de octubre. El día siguiente, jueves 7 de septiembre, el pleno del Tribunal Constitucional suspendió dicha ley y decretos, precisando a los alcaldes de Cataluña y a setenta y siete funcionarios que debían abstenerse de «iniciar, tramitar, informar o dictar, en el ámbito de sus respectivas competencias, acuerdo o actuación alguna que permita la preparación y/o la celebración del referéndum».

Sobra decir que la Generalitat y los 2.2 millones de catalanes que emitieron su voto al final de la consulta del 1-0 no acataron la resolución del Tribunal Constitucional (TC). Esta mañana, en las calles la desobediencia civil se arremolina en los colegios electorales. Juan opina: «La complejidad de las leyes hace que muchas veces no se sepa dónde estamos». El espíritu de quienes votarán hoy no se traduce en las leyes del gobierno central.

Charo Gibanel opina lo contrario. La uróloga nacida en Lérida, ciudad ubicada al oeste de Barcelona hace cuarenta y ocho

años, dice al teléfono que creía que los Mozos de Escuadra, la policía autonómica de Cataluña, cumplirían la orden del Tribunal Constitucional. «Empecé a vivir eso [el referéndum] el viernes convencida de que los Mozos cumplirían con la Ley. Mi sorpresa es que el colegio frente a mi casa estaba abierto. Llamé al 112 para dar aviso, a las dos horas no vino nadie. El sábado hablé dos veces, incluso con la Guardia Civil». Ellos le dijeron que la responsabilidad era de los Mozos. A las cinco de la tarde Charo llamó directamente a una comisaría, el agente al teléfono le dijo que «no pensaban desalojar a nadie». Su voz denota indignación, acorde con el TC, califica a la consulta del 1-0 como ilegal y carente de transparencia.

Entre sus padres, su hermana y esposo ninguno se considera independentista. Charo, madre de dos hijos, expresa que el 1-0 «es un golpe de Estado, una agonía. Es el mismo delito contra la democracia, de sedición, espero que demostremos ser un país con una democracia bastante madura». Lo que acontece este primer domingo de octubre, es «jugar a votar» de acuerdo con la uróloga, esto lo dirá una semana después. Hoy, al finalizar la jornada, según datos de la Generalitat, los votos sumarán una participación del 42.34 por ciento, unos 2.2 millones de los más de 5 340 000 catalanes convocados para la votación, dando la victoria al Sí, con poco más de 90 por ciento.

A las ocho y media de la mañana las personas que acudieron a votar a la escuela Fort Pienc comienzan a formarse, la fila rodea la escuela extendiéndose unos cien metros hacia la calle de Ribes para luego doblar a la derecha a la calle de Sardenya; los votantes a poco a poco siguen llegando para sumarse a la hilera. En un café localizado a un costado de la escuela, me entero de que el Govern ha autorizado que los ciudadanos convocados a votar puedan hacerlo en cualquier colegio electoral. Las reglas se flexibilizan.

Las imágenes en el noticiario matutino muestran a los Mozos hablando con personas en los accesos a los colegios electorales, se adivina que la policía catalana los insta a desalojar las instalaciones; ante la negativa de quienes quieren votar, se retiran a las aceras circundantes. Las siguientes imágenes muestran ahora a los antidisturbios, el cuerpo de la Policía Nacional, encargado, en la práctica, de someter por la fuerza las situaciones de alteración ciudadana. Los granaderos españoles bloquean la entrada del Colegio Ramón Llull, rodeados de personas gritando «¡*Votarem!*!».

En diez minutos recorro las cuatro cuadras que me separan del Ramón Llull. Desde unos treinta metros, antes de llegar, alcanzo a ver las furgonetas de la Policía Nacional con sus torretas encendidas. Alguien me dice que los antidisturbios arribaron media hora antes, ahora bloquean la entrada para acceder al colegio. Cientos de voces reclaman con la consigna: «¡*Els carrers seran sempre nostres!*!», «Las calles serán siempre nuestras», el lema se ha coreado durante las manifestaciones que precedieron al 1-O, contra las medidas adoptadas por el gobierno central para frenar la consulta de hoy: la Guardia Civil realizó cateos en almacenes de Barcelona, en total requisó poco más de 12 millones de papeletas, 45 000 certificados de notificación cerrados dispuestos para enviarse a los ciudadanos convocados por la Generalitat para formar mesas electorales, así como octavillas, dípticos y propaganda electoral. Los críticos de esta medida califican de fascista el despliegue y acciones policíacas para impedir el 1-o.

9:18 de la mañana. La lluvia que cae es fina y en momentos se precipita rápida frente al colegio Ramón Llull. Ahora ha amainado. La gente saca papeletas blancas levantándolas sobre sus cabezas en dirección a los antidisturbios. Reporteros se suben a contenedores de basura, o a los toldos de los automóviles para grabar a los catalanes que demandan votar. Un helicóptero volando bajo agrega tensión con el ruido de

sus hélices. Pasa una vez sobre la calle del Consell de Cent, las y los catalanes lo reciben con un «¡*Votarem!*» alzando aún más sus papeletas.

Pasa una segunda vez repitiendo el trayecto de hace unos momentos, la gente responde con consignas; pasa una tercera vez, será la última. Más policías antidisturbios arriban desde la calle de Sardanya, en el extremo izquierdo de la entrada trasera al colegio. Son recibidos con gritos y chiflidos. Los policías se aglomeran en una valla de metal y concreto frente a la escuela. Se escuchan más chiflidos, más catalanes gritando «¡Queremos votar!», más reporteros grabando a los hombres de uniforme negro, cascos, escudos transparentes y rifles de balas de goma. La lluvia regresa, fina y fuerte, y los antidisturbios comienzan a saltarse la valla.

Uno, dos, tres... más de una decena de fuerzas españolas se ayuda de los pinos verdes detrás de la verja del colegio para ingresar al edificio Ramón Llull. Sigue lloviendo, las fuerzas del gobierno central tienen como objetivo entrar al ala derecha del edificio en donde las mesas electorales se han colocado. Muchos hombres que no soportan ver la maniobra de los antidisturbios saltan la valla para intentar llegar a la puerta café que es lo único que separa a las fuerzas del Estado de las mesas electorales. Algunos son interceptados por los uniformados. Otros llegan a la puerta, sumándose a quienes habían cerrado los portones del colegio cuando vieron la llegada de los antidisturbios, como forma de resguardar las urnas.

Esta escena se repite a la misma hora en diferentes colegios electorales de Cataluña. La gente decidida a defender su voto, su democracia, usa el cuerpo como escudo. Se sientan frente a los accesos de los colegios electorales como bloqueo a los hombres de uniforme oscuro. En el Ramón Llull, por ahora, lo más fuerte son los golpes con mazos a la puerta color café

con vidrios que se escuchan desde la calle. En otros colegios electorales habrá golpes a hombres, mujeres, abuelas y abuelos.



«Los catalanes se han saltado las leyes», dice el abuelo retirado frente al colegio Ramón Llull entre la Calle del Consejo de Ciento y Sardinya, cerca de las diez de la mañana bajo el cielo cubierto de nubes con lluvia. Los policías antidisturbios se han ido con las urnas. Al retirarse en sus furgonetas azules, hombres y mujeres los esperaron sentados en una esquina de la calle de Sardinya para bloquearles el paso, como respuesta, recibieron golpes con cachiporras y balas de goma. Aquí el saldo fue de una persona herida en un ojo por una bala de goma, un abuelo que en la huida cayó golpeándose la cabeza, un chico con el torso descubierto exhibiendo a los reporteros su espalda y brazos magullados por los golpes. El saldo de las cargas policiales es de 893 heridos de acuerdo con la Generalitat y 431 policías y guardias civiles según el Ministerio del Interior.

El abuelo, que vive en Barcelona desde hace cuarenta años, considera al referéndum como ilegal, y piensa que la gente que apoya su realización ha sido manipulada por sus dirigentes. Lamenta ver a los jóvenes clamando la independencia repetir «España nos roba» —refiere que en las aulas catalanas se borra el castellano y se lavan los cerebros—. Atraído por las torretas encendidas de las furgonetas de la Policía Nacional, como vigía, observa los sucesos afuera del colegio. Si está aquí en esta mañana lluviosa es solo para ver con sus propios ojos el jaleo de la votación, a las personas apostadas en los alrededores del Ramón Llull gritando «¡Votarem!», a los cerca de treinta policías antidisturbios que el gobierno español ha enviado a este colegio para requisar las urnas.

«Los catalanes se han saltado las leyes», repite, justo como vi a la Policía Nacional saltarse las vallas del Ramón Llull para incautar las urnas y boletas que estaban en el ala derecha del colegio, rompiendo con mazos la puerta café de cristales. Dentro quedan una decena de personas, observadores internacionales que han visto el despliegue de fuerzas policíacas, reporteros y camarógrafos entrevistando a miembros de las mesas electorales.

Alguien dice que lograron salvar una urna. Los reporteros lo instan a sacarla. La urna de plástico casi transparente, de cubierta negra, con un escudo negro y blanco de Cataluña impreso sobre uno de sus lados, sale de su escondite y la posan arriba de una mesa. Una mujer con ojos vidriosos dice que antes de la irrupción de los antidisturbios, ha sido la única urna resguardada. Las demás fueron incautadas por policías que las han arrancado de las manos de los miembros de las mesas electorales. A lo mucho una veintena de votos se pudieron salvar.

En el patio del colegio, un catalán nacido en la década de los 40 me dice: «Solo es cuestión de tiempo», y se lleva el dedo índice a los labios en señal de silencio... Detrás de él se encuentra la puerta café vejada por los antidisturbios. En el colegio Ramón Llull estudió en su infancia, este también era el colegio electoral en donde votaría el referéndum. En la charla dice que después de este agravio de España a Cataluña, nada será igual. Veo que los mazos de la policía nacional reventaron los cristales de la puerta café, regados por el suelo como la dignidad de este catalán. Gente camina a nuestra izquierda hacia la puerta vejada, tomando fotografías como si fuera otras de las miles de atracciones en Barcelona. Le digo que pose para la foto, acepta entre risas, dice que su cabello blanco es un desastre, luego se despide dándome una palmada al hombro. El cielo sigue gris en esta mañana catalana.



En 1939 Domingo Vilalta Sentís, presidente de las juventudes de Esquerra Republicana en el distrito del Eixample, en Barcelona, huyó a Francia gracias a la ayuda de su hermana. A los treinta y un años el exilio era la vida; la muerte lo esperaba en el castillo de Montjuic en la forma de balas franquistas, las mismas que fusilaron a Lluís Companys, líder de Esquerra, el partido republicano e independentista catalán y presidente de la Generalitat durante diez meses entre 1933 y 1934.

Al llegar a Francia, Domingo fue internado en un campo de concentración. Un año después se embarcó junto a su primera esposa hacia América. La primera parada de los exiliados españoles fue en Argentina, pero la pareja decidió continuar hasta México, donde desembarcaron en el puerto de Veracruz. Cerca de veinte mil exiliados españoles fueron recibidos «con los brazos abiertos» por el gobierno de Lázaro Cárdenas, de los cuales un 20 por ciento eran catalanes. Domingo vivirá en el país del águila y la serpiente durante treinta años, tendrá dos hijas, una de las cuales se encuentra frente a mí contándome su historia, explicándome que, si cree en el referéndum, en la independencia de Cataluña, es para honrar el legado de su padre.

«Queremos independizarnos de España porque la mayoría respetamos a los españoles, pero no nos sentimos españoles», dice Teresa Vilalta Solórzano a sus cincuenta y siete años. La enfermera es bajita, de rasgos mexicanos y un fuerte acento catalán. Es fruto del segundo matrimonio de su padre con María Solórzano Velázquez, una mexicana proveniente de Tenango del Aire, un pueblo localizado en las faldas del Popocatepetl, en el Estado de México.

Teresa acaba de votar acompañada de su hija Marina. Es alrededor de la una de la tarde, detrás de ellas se encuentra el colegio

Sagrado Corazón de Jesús y arriba el eterno helicóptero de la policía, un vigilante incómodo. Quienes sean los agentes que vuelan por los aires de Barcelona, podrán ver que en este colegio las personas siguen llegando a formarse en la hilera de votantes, rodeando la mitad de la manzana.

La enfermera me narra que ella y su hermana nacieron en Ciudad de México y vivieron en la colonia del Valle hasta que su madre murió, a la edad de veintisiete años. Domingo, viudo y con dos hijas, se encontró solo, por ello, muy a su pesar, decidió regresar a Cataluña en 1965. A su regreso a Barcelona, Teresa Vilalta acogió a su hermano y a sus dos pequeñas sobrinas. La tía Teresa pasó dos años escondida en los áticos del barrio de Gracia al finalizar la guerra huyendo de las fuerzas franquistas porque era parte de la Generalitat.

«Cuando la dejaron de buscar entonces ya pudo volver a su casa. Esto pues siempre lo he vivido yo desde pequeña y ahora vemos aquí que tenemos una represión tal por parte del gobierno español, no se puede permitir. Nos quitan todos los derechos humanos que una persona normal viviendo en un país como este no tiene que perder, no puede perder sus derechos al voto, a la democracia, a votar, a ser libre».



*En la vida he visto tanta bandera  
como ahora, ni en el fútbol*

Mujer al frente del volante,  
carretera Madrid-Salamanca

En España y Cataluña estos días se ha dado una batalla de símbolos, de lenguas y banderas. Si durante la mañana y la tarde del 1-o

solo se podían ver a las esteladas catalanas, esas banderas amarillas con cuatro franjas escarlatas, de estrellas blancas o rojas colgando de los edificios, a las ocho de la noche, además de los gritos y los cantos de victoria resonando en las puertas de los colegios electorales, se sacaron las banderas para atarlas a la espalda y las cacerolas retintineaban en las calles de Barcelona.

Escuché la cacerolada en mi camino hacia Plaza de Cataluña, allí vi el mar de banderas catalanas. Cerca de las nueve de la noche debajo de un cielo oscuro sin rastros de lluvia, caminando sobre las calles secas, las cuales seguirán así los siguientes días, porque el sol resplandecerá fuerte en Barcelona.

Las cacerolas de los catalanes-españoles que quieren continuar en España, que no acudieron al 1-O a votar, ya que consideran este referéndum un juego, resonarán en una semana. El domingo 8 de octubre, las rojigualdas españolas saldrán de los cajones y roperos, se descolgarán, quizá, de algunos balcones. De blanco irán quienes entienden que no quieren tomar parte en esta guerra de símbolos rojos y amarillos.

*Publicado originalmente en Liberación Tabasco, octubre de 2017*

## La inundación de 2007

La clave tres suena en la delegación de la Cruz Roja de Tabasco. Una rescatista de metro y medio de altura grita a sus compañeros: «Se está rompiendo un bordo en el malecón». Más de treinta y cinco paramédicos salen disparados hacia las cinco ambulancias y los dos camiones de rescate estacionados en la base 58. El neurocirujano Rubén Padrón Magaña, delegado de la institución, lidera el convoy en su Grand Cherokee pintada con los colores blanco y rojo de la Cruz Roja. Es una tarde de finales de octubre de 2007. La lluvia no da tregua a Tabasco, los ríos comienzan a desbordarse. La capital pronto correrá la misma suerte que los poblados aledaños; las calles de Villahermosa lucirán como Venecia.

Los vehículos con las sirenas encendidas toman la avenida Sandino, doblan a la derecha hacia Quintín Arauz y pasan la fuente Maya, continúan con dirección a Paseo de la Sierra hasta girar al este rumbo al periférico Carlos Pellicer Cámara, su destino es el malecón Carlos Alberto Madrazo Becerra, donde decenas de civiles y soldados llenan cientos de costales para intentar frenar al río Grijalva.

—En especial hay un timbre que suena tres veces. Se llama clave tres, es la clave con la que te dicen que hay una emergencia grande —cuenta Juan Carlos Hernández Gonzales, Llaverero para los amigos, a casi diez años de la tarde de finales

de octubre de 2007. Hoy narra los auxilios que brindó a sus veinte años en la inundación que cubrió, en su momento más crítico, 62 por ciento de la superficie tabasqueña. Su relato es todo adrenalina, toma aire con cada calada de cigarro, libera el humo para contar.

—Cuando suena ¡riiiiiiiiiing!, ¡riiiiiiiiiing!, ¡riiiiiiiiiiiiiing!, todo el mundo se para y corre a su ambulancia agarrando todas sus cosas, con una bota [en un pie] y la otra en la mano, y tu camisa, corriendo y todo mundo empieza a subir a su ambulancia y es una adrenalina... tienes que estar ahí para entenderme —dice Juan Carlos.

Cuando los rescatistas de la Cruz Roja llegaron al malecón alrededor de las seis de la tarde, las instrucciones brindadas por los superiores indicaban que debían supervisar los costales apilados y reportarse con los militares, quienes controlaban los volteos cargados con arena y contabilizaban los costales que se llenaban. Según la memoria de Llaveró, la lluvia les dio tregua durante tres horas, aunque a las nueve de la noche cayó un aguacero sobre la capital de Villahermosa. El rescatista de veinte años y sus compañeros se retiraron del malecón entre las tres y media y cuatro de la madrugada con los cuerpos cansados, mojados y hambrientos. Horas más tarde sabrían que llenar costales era apenas el inicio del auxilio prestado a los hermanos de Tabasco. El agua inundaría de caos a la colonia Gaviotas.



—Era el domingo 28 de octubre de ese año [2007] y al anochecer empezó a llover muy fuerte y continuó durante tres días seguidos. Fueron lluvias atípicas, se diría posteriormente, y fue causa de una de las tragedias más costosas de las que tiene

memoria Tabasco por las afectaciones sufridas en la entidad y prácticamente en todo el territorio tabasqueño. Las bibliotecas no escaparon a estos daños —narra Porfirio Díaz Pérez, director de la Red Estatal de Bibliotecas Públicas del Estado, detrás de su escritorio en la Biblioteca Pública del Estado José María Pino Suárez.

El licenciado en biblioteconomía, que recibió el reconocimiento Bibliotecario FIL 2016 de la Feria Internacional del Libro celebrada en Guadalajara, lee el relato impreso en hojas blancas. Antes me ha mostrado un video de cinco minutos que da cuenta de los daños sufridos en el Centro de Investigación de las Culturas Olmeca y Maya (CICOM), en las anegaciones de 2007.

—Quiero que veas esto —dijo con voz seria Díaz Pérez, luciendo una pulcra camisa blanca al recibirme en su oficina. Luego dio clic al *mouse* para iniciar el video. Una voz en *off* seguida de imágenes de la Zona CICOM describe los daños. El hombre nacido en Nacajuca hace setenta y tres años continúa la narración.

—Aquella noche se clausuraba en el Teatro del Estado Esperanza Iris el Festival Cultural Ceiba. Yo estaba en la entrada del teatro para dar la bienvenida a los asistentes al evento. Terminó la clausura del festival y la lluvia no cesaba. Era una lluvia como pocas veces había sucedido, muy fuerte y con frío. A como pude, fui hasta mi oficina a cincuenta metros de la salida del teatro, le di algunas indicaciones al velador de la biblioteca y me retiré a mi casa. Toda esa noche estuvo lloviendo.

Las palabras del bibliotecario suenan firmes, articuladas, dirigiendo por momentos su mirada al interlocutor. Después dirá que, el siguiente día, el lunes 29 de octubre, llegó a su oficina a las siete de la mañana, y vio cómo el río Grijalva, ubicado treinta metros detrás de la biblioteca Pino Suárez, empezaba a

desbordarse. Al ver la inminente llegada del agua, Díaz Pérez decidió comunicarse por teléfono con la directora del Instituto Estatal de Cultura, quien le recomendó alzar los libros y el mobiliario de la biblioteca.

—A las diez de la mañana aquel desbordamiento aumentaba y fui a ver personalmente a la directora de Cultura en el estado, quien convocó a una reunión de directores y decidió salir a valorar la zona. Hicimos un recorrido por los centros culturales de la Zona CICOM. [...] Algunos edificios ya tenían agua en su interior y la directora llamó a Protección Civil para pedirles apoyos con los costales de arena.

La lluvia continuaba cayendo intensamente. El director de la Red Estatal de Bibliotecas veía cómo el estacionamiento lentamente se llenaba. A las siete de la noche escuchó una voz gritando desde la calle: «¡Ya viene el agua, ya viene el agua!». De acuerdo con el relato de Díaz Pérez, se había desbordado un «retén de costales que habían puesto al norte de la ciudad y las calles se inundaban por todos lados».

A las diez de la noche, él y otras cuatro personas empezaron a subir a la planta alta las 177 computadoras Lenovo donadas a la Red Estatal. La tarea terminó a las seis de la mañana, hora en la que el agua había superado los 80 centímetros sobre los que se alza la biblioteca y empezaba a inundar la planta baja. Luego de cuatro horas, dos personas arribaron al edificio construido en 1987 y que ese año cumpliría dos décadas, para avisar que el agua seguiría subiendo.

—La directora nos mandaba a decir que abandonáramos el barco y que nos reportáramos a uno de los albergues que coordinaba Cultura. Fui a mi casa a comer y a dormir y hasta el día siguiente fui al albergue. Ahí se veía una situación deprimente, las personas habían abandonado sus casas y solo portaban la ropa de encima.



Finales de octubre de 2017. Poco más del medio día. El agua ha roto un bordo en Gaviotas Sur. La corriente suena fuerte, como un tren en movimiento. Los vehículos se dirigen hacia el puente dos, detrás la gente corre, grita sosteniendo lo poco que han podido sacar de sus hogares. Juan Carlos, acompañado de un puñado de rescatistas, son los primeros en llegar a la avenida Aquiles Calderón Marchena en donde ven a personas que huyen como ratas al hundirse un barco. A lo largo de tres horas los hombre y mujeres de la Cruz Roja brindan apoyo y gritan en los hogares que el agua ya viene, es hora de salir y resguardarse.

Los refuerzos de la Cruz Roja llegan a las tres y media de la tarde. En total no superan una veintena de rescatista. Los demás se encontraban auxiliándose a sí mismos, a sus familias que vivían en las partes bajas de Villahermosa. Aquellos quince o veinte eran quienes corrían con la suerte de vivir en las partes altas de la capital, aunque algunos antepusieron la ayuda en la colonia Gaviotas a la suya propia.

Dan las cinco de la tarde, el agua alcanza el puente dos y se une con el río Grijalva que pasa debajo del puente. Martha Beatriz Sosa Vázquez, de veinticinco años, es una de las socorristas auxiliando a los vecinos de la colonia Gaviotas Sur.

—Empezamos a sacar gente. Jamás me di cuenta de que se volvió de tarde, se me olvidó comer, se me olvidó beber, teníamos tanta adrenalina en el cuerpo que no vimos el tiempo pasar. No nos dio hambre, no nos dio sed y seguíamos. Cuando nos damos cuenta se unió el agua del río Grijalva con la que venía de Torno Largo y era una sola.

Martha cuenta su experiencia en las instalaciones de la Cruz Roja. En 2019 cumplirá dos décadas de regir su vida con

el lema «Tutti Fratelli», todos hermanos. La mujer de metro y medio de estatura recuerda con asombro aquella tarde al caer el sol y ver a una lancha cruzando el río Grijalva hacia las calles de Gaviotas Sur.

La tarde que el agua inundó Gaviotas Sur, Juan Carlos está en el puente dos desde donde observa a los habitantes subir a las azoteas para resguardarse del agua, la cual ascendió cerca de tres metros. Los rescatistas deben ingeniárselas para evacuar a la gente atrapada en las azoteas o convencerlos de abandonar su hogar. La idea: usar dos cuerdas de rescate de cincuenta metros de longitud para apoyarse entre la corriente del agua.

—En tres horas [el agua] arrasó todo Gaviotas Sur. Nos metemos y lo que empezamos a implementar fue amarrar las cuerdas desde el puente dos. Irlas amarrando en árboles, en herrerías de casas y empezamos a hacer una especie de camino en zig-zag. [...] Así hicimos como una línea para que la gente se pudiera agarrar e irlos sacando. Pero era muy tardado. Imagínate flotar cien metros agarrado de una cuerda. Te llevas un buen tiempo. Nosotros evacuamos quizá cien [personas] entre todos —dice Juan Carlos.

El rescate se extendió hasta la una de la madrugada. Martha recuerda el cansancio, el picor en el cuerpo provocado por el agua sucia y el sudor. Nada de esto importaba. Ellos eran el rescate, la ayuda. Juan Carlos y la rescatista me repiten en las charlas con orgullo su lema, «Tutti Fratelli», todos hermanos. «¿Si no ayudamos nosotros, quién?».

—Lo más importante de ahí o lo más cansado fue mental —dice Juan Carlos—, Porque ¿cómo asimilas eso? Esto es una calle. No puede estar el río aquí. Y no puede haber gente. Que no sabíamos si había ahogados. Como a las cinco y media de la tarde llegó el Ejército y la Marina y ellos llevaron unos vehículos anfibios. Trajeron lanchas también, pero lo mejor es

que la misma Marina utilizó nuestras propias cuerdas para ir sacando gente. Entonces la Marina se metía hasta las rancherías allá en Torno Largo y traía en una lancha diez personas y no salía hasta el puente, sino que nos los dejaban en las cuerdas y les decían «Bájense aquí y váyanse flotando».

—No, pos tenemos que aguantar, nosotros somos la ayuda, nosotros somos la ayuda —se repetía Martha al sentir que su cuerpo daba signos de ceder al cansancio—, cuando vi un peto y no lo conocía es cuando me doy cuenta de que empieza a llegar la ayuda regional. El comandante Olmar Osorio Hernández, de la Cruz Roja de Coatzacoalcos, llegó primero junto con toda su gente —narra Martha, con los ojos bien abiertos como si estuviera de nuevo la tarde-noche del 2007 en Gaviotas Sur.

En la madrugada el grupo de Juan Carlos y Martha se retiró a la delegación de la Cruz Roja. A la mañana siguiente les asignaron tareas diferentes. Martha y su esposo, Roger Cornelio, también voluntario de la Cruz Roja, coordinaron a los diecinueve helicópteros que llegaron de diversos estados del país para ayudar a Tabasco. La rescatista recuerda que perdió ocho kilos en las dos semanas que estuvo corriendo sobre la pista de atletismo de Ciudad Deportiva, con un papelito blanco en la mano con las coordenadas que debían seguir los helicópteros que despegan desde allí.

Juan Carlos dirigió del programa de Restablecimiento del Contacto entre Familiares (RCF), encargado de localizar y reestablecer la comunicación entre las personas afectadas por la contingencia de 2007. Él se puso al mando de treinta voluntarios de la Cruz Roja, todos menores de edad y de otros estados del país, capacitados en RCF. Gracias a su labor se establecieron unos 470 contactos de 500 solicitudes.



Porfirio Díaz Pérez se dirige el 2 de noviembre a la biblioteca Pino Suarez. La lluvia ha cesado. Al adentrarse a las calles aledañas de la Zona CICOM vio el agua, una mezcla entre aceites y basura que hedía, sin embargo, el bibliotecario decidió caminar con el agua hasta la cintura. Primero entró al Teatro del Estado Esperanza Iris, donde vio que el *lobby* no sufrió muchos daños, no así el interior del teatro, lleno del agua.

El bibliotecario regresa sobre sus pasos a la biblioteca. En el estacionamiento distingue el toldo de lo que adivina es una camioneta Ichiban, aun así, se sumerge en el agua, intenta entrar al auditorio, pero la puerta está cerrada. Don Porfirio rodea el edificio. A través de sus ventanales alcanza a ver el mobiliario flotando en el agua. La impresión le hace buscar un sitio para sentarse, recuperarse de la tristeza al ver a la biblioteca del estado inundada. Luego, regresa a casa.

—Al día siguiente volví a la biblioteca y el agua había empezado a bajar y el interior del edificio estaba lleno de lama. Comencé a llamar a los compañeros trabajadores. Algunos acudieron al llamado porque la mayoría también había sufrido daños en sus viviendas. Hicimos un recorrido y todo era un verdadero desastre. Acordamos regresar al día siguiente. Fue entonces cuando compré guantes y cubrebocas, algunas latas de sardinas, refrescos y servilletas, y otros compañeros llevaban lo que podrían para comer y comenzamos las tareas de limpieza.

Durante seis semanas la mitad del personal de la biblioteca José María Pino Suárez limpió pisos, retiró del entrepaño inferior de las estanterías quince mil libros dañados, el mobiliario de madera. Lavaron y pintaron sillas. Los otros trabajaban en la reconstrucción de sus propios hogares. En julio de 2008, con los recursos del fideicomiso Fondo de Desastres Naturales

(Fonden), se adquirió el nuevo mobiliario. El 2 de enero, el edificio fue abierto al público. Un total de sesenta y dos mil libros donados por la Ciudad de México, Nuevo León, Yucatán, Campeche, Chiapas y Veracruz, repusieron los quince mil ejemplares dañados e inservibles.

—En aquel recinto que antes de la inundación olía a madera nueva, persistía el olor a humedad como en toda la ciudad y sus alrededores. Muchas bibliotecas rurales y municipales también sufrieron daños considerables. Entre las que me reportaron fueron cuarenta bibliotecas de seis municipios. Ellas recibieron de la Dirección General de Bibliotecas del otrora Conaculta, estanterías, libros, mesas, sillas y equipos de cómputo—, recuerda don Porfirio.

*Publicado originalmente en Liberación Tabasco, octubre de 2017*



## El Ixtoc-1: el pozo petrolero que puso a prueba a Pemex

Hace cuarenta y un años, en una madrugada de junio, el pozo exploratorio Ixtoc-1 reventó expulsando miles de millones de litros de crudo y gas, convirtiéndose en el mayor derrame de crudo de la historia, solo superado hasta 1991 con el incendio de 700 pozos petroleros en la Guerra del Golfo. Con pocos precedentes, Pemex se enfrentó durante 280 días a un pozo en descontrol y a una mancha de aceite que cubrió aguas y costas mexicanas y estadounidenses. El Ixtoc-1 significó la confirmación de un rico yacimiento en las aguas mexicanas, el inicio de la conquista del petróleo debajo de los mares del país y la mutación socioeconómica en el sureste. También reveló supuestos conflictos de intereses entre altos funcionarios mexicanos y estadounidenses.



El Ixtoc-1 reventó a las 3:15 de la madrugada del 3 de junio de 1979, a 94 kilómetros mar adentro de Ciudad del Carmen, Campeche. Tres alarmas anunciaron el desastre inminente; en la tercera alarma los sesenta y tres obreros y técnicos de Pemex, Permargo y Sedco, se lanzaron a las aguas verde azules del golfo de Campeche mientras millones de litros de crudo y gas escapaban a presión incendiándose con una lámpara.

Si antes Cristóbal Colón y sus marinos exploraron los mares para encontrar tierras desconocidas, desde 1975 las aguas del golfo mexicano son exploradas por hombres con cascos blancos en búsqueda de oro negro para sacarlo de sus entrañas. Pero toda búsqueda trae sus peligros. El Ixtoc-1 reventó cuando una caverna apareció a 3627 metros de profundidad y causó el descontrol en el pozo, expulsando más de 3.3 millones de barriles de petróleo durante 280 días. Así se convirtió en el derrame más grande de crudo en el mar hasta ahora.

Las 8675 toneladas de acero de la plataforma Sedco 135 se chamuscaron bajo una luna creciente. Era su séptimo mes en exploración, una más de las diez islas de acero con sus mil hombres que buscaban y extraían crudo y gas en el golfo de Campeche, durante la segunda mitad del sexenio de José López Portillo, quien estaba ansioso por mostrarle al mundo el tesoro debajo de las aguas mexicanas.

Si para Colón América fue su triunfo, para Jorge Díaz Serrano, director de Pemex, el Ixtoc-1 fue su América. A pesar de los millones de barriles de petróleo que brotaron sin control, para Díaz Serrano este reventón confirmó un yacimiento de 800 millones de barriles que minimizó cualquier daño colateral. Declaraba a la prensa: «En la industria petrolera estamos habituados a los riesgos. Sabemos que es azarosa. Es como si la naturaleza, ante la osadía del hombre, que le arranca sus energías, se tomara revanchas».

La revancha del Ixtoc-1 duró 280 días y para hacerle frente más de 1500 hombres de decenas de compañías mexicanas, estadounidenses, noruegas y canadienses, implementaron estrategias para cegar el pozo ardiente: buzos que intentaron cerrar las válvulas para parar el derrame, barcos recolectores que cercaron el pozo para contener la mancha oscura de aceite, perforaciones de pozos de alivio, miles de balines de metal inyecta-

dos para reducir la presión y el fluido. Operaciones complejas que requerían una excelente puntería.

A mediados de octubre comenzó la «Operación sombrero», colocaron un embudo invertido de 365 toneladas, de 12 metros de distancia entre caras opuestas por 6 metros de altura. El dispositivo operó durante cuarenta días logrando recuperar y quemar aceite con buenos resultados hasta finales de noviembre, al ser retirado porque el fuerte oleaje le causó daños estructurales. Fue hasta el 5 de abril de 1980 que el pozo logró ser taponado.

En su edición de mayo de 1980 *Popular Mechanics* hizo un recuento de las «bajas de guerra» en territorio estadounidense durante los diez meses que ardió el Ixtoc-1. ¿Qué tan efectiva fue la lucha de los técnicos desplegados para cegar el pozo y detener la mancha de aceite? En todo caso, cerca de 71 000 barriles de petróleo alcanzaron las playas. Las cifras oficiales indicaron que el derrame había afectado aproximadamente 35 kilómetros de la costa de Texas, desde Brownsville hasta 24 kilómetros al norte de Port Arkansas.

En el peor momento del derrame, entre 8 y 10 por ciento de la superficie del golfo estuvo cubierta de aceite. En México «el petróleo derramado contaminó gran parte del litoral del golfo mexicano y dañó severamente su franja costera, constituida principalmente de playas arenosas e islas de barreras que protegían a lagunas costeras, estuarios y humedales, ecosistemas que aún no se han estabilizado», de acuerdo con investigaciones posteriores.

En los primeros meses del reventón, Díaz Serrano y otros funcionarios minimizaron los daños del derrame en el ecosistema. Entre el mar de declaraciones, las más increíbles sostenían que debido a las proteínas del petróleo, tendríamos «peces gordos y cachetones» en el golfo de México. A cuarenta y un

años podemos afirmar que el crudo, ya sea ligero o pesado, es tóxico para las especies.

En 2016, una investigación patrocinada por la Gulf Of Mexico Research Initiative, visitó sitios en la costa del golfo de México impactados por el derrame del Ixtoc-1, recolectando residuos de petróleo. «Los resultados iniciales sugieren el potencial de preservación de varias décadas de los residuos de derrames de Ixtoc-1 en ciertos entornos de baja energía, como los manglares costeros».

Las críticas a la gestión del derrame vinieron incluso de medios internacionales, como *Le Nouvel Observateur*, revista francesa que en un reportaje retomado en la edición de agosto de 1979 del semanario *Proceso*, aseveraba que la contaminación parecía ser ignorada por las autoridades y que el director de Pemex informaba de cifras inferiores a la realidad. «*Le Nouvel Observateur* —retomaba *Proceso*—, afirma también que los pescadores del sureste de México han empezado a sufrir los estragos del derrame del pozo que contamina la flora y faunas marinas y al encontrarse que día a día la gran mancha negra avanza hacia la costa».

¿Cómo se veía esa gran mancha negra cubriendo las aguas del golfo? Un reportero de un diario jalisciense sobrevoló la zona el 10 de junio: «El petróleo crudo forma una mancha oscura y lodosa que se recorta en una silueta de ciento ochenta kilómetros de largo por ochenta de ancho sobre el azul intenso del Golfo. Una columna de humo y llamas de casi veinte kilómetros de altura mancha el sitio donde brota el borbollón del cual el pozo Ixtoc uno, arroja al mar un volumen de treinta y cinco mil barriles de petróleo al día, en un caudal que amenaza ya con rebasar límites del mar territorial mexicano».

En los primeros días el reporte rendido por la V Zona Naval Militar, indicaba que la mancha se desplaza a una velo-

cidad de medio nudo con dirección suroeste. «Desde el aire el aceite se aprecia como largos brazos que se extienden con resplandores iridiscentes sobre una de las zonas pesqueras más importantes del continente».

José del Carmen Camacho vio llegar la mancha de aceite a las playas tabasqueñas a mediados de junio. «En la boca de San Pedro aparecieron unos manchones que parecían piedras», recuerda el pescador a cuarenta y un años del derrame. Dice que la mancha negra fue como un fuego que quemó la vegetación en la costa. José del Carmen ha vivido en estas playas desde poco antes del reventón del Ixtoc-1. Considera que el petróleo derramado en el 79 afectó la siembra, como las naranjas que se parten en dos sin llegar a madurar, secó las guayabas, quemó los manglares en la costa. «Las plantas se siembran, pero se secan, el coco se pone amarillo. Es la contaminación porque estamos rodeados de pozos. Antes que rompiera el Ixtoc ibas a la costa y encontrabas matas de plátanos maduros y de caña gruesa. Ahora sí hay caña, pero hay que buscarla mucho. La mayor parte se perdió por la contaminación», reflexiona el pescador.

En 1979, Díaz Serrano sostenía que el camarón no se vería afectado por habitar en el fondo de las aguas porque el petróleo derramado quedaría en la superficie. «Sí, eso es cierto, pero quisiera saber cómo le hace Pemex para sacar camarón del fondo sin que pase por la superficie», comentó un pescador campechano cuando escuchó las declaraciones del director de Pemex. Desde que iniciaron las exploraciones en el golfo, los pescadores tabasqueños y campechanos, en su mayoría flotas de lanchas ribereñas, tuvieron que aprender a coexistir con las moles de acero.

Alejandro Espinoza, profesor investigador de la Universidad Autónoma de Campeche, quien ha investigado la coexistencia entre la pesca y el petróleo en las costas tabasqueñas y

campechanas, considera que entre los pescadores y la industria petrolera hay una competencia desigual por el espacio en el golfo de México. «A veces las mejores zonas de extracción compiten con zonas de pesca. A veces hay interacciones catastróficas. Como en el Ixtoc-1 o accidentes cotidianos. Las interacciones tienen dos caras de la moneda, intentamos ayudar a sistematizar estas interacciones. En el siglo XXI necesitamos energía y alimento».

Las generaciones subsecuentes al *boom* petrolero en Tabasco y Campeche empezaron a engrosar las filas de Pemex. La cultura regional, acostumbrada a la pesca y agricultura, comenzó a mutar cuando la industria petrolera necesitó mano de obra para seguir buscando y extrayendo petróleo y gas en el fondo del sureste. Las islas de acero en el golfo se asemejaban a ciudades en las que residían miles de hombres y mujeres que incluso han dado su vida en las peligrosas operaciones y extracciones en alta mar. Los salarios atractivos fueron la bendición para muchos tabasqueños y campechanos, sin embargo, el medio ambiente ha pagado los costos de la extracción petrolera.

A raíz de la crisis de mediados de 2014 en el sector de hidrocarburos, Tabasco ha encabezado durante seis años consecutivos el primer lugar nacional en tasa de desocupación. En 1979, durante el derrame del Ixtoc-1, *Le Nouvel Observateur* refería que los más modestos ciudadanos mexicanos pensaban que México se salvaría por los ricos yacimientos, debido al espejismo petrolero creado por las autoridades.

Permargo, Bush y la CIA

Además de expulsar crudo y gas, el Ixtoc-1 destapó un supuesto conflicto de interés entre Díaz Serrano y la compañía que exploraba el pozo, Perforaciones Marítimas del Golfo (Permargo), una de las contratistas preferidas de Pemex, así como sus

conexiones con la CIA. Permargo se constituyó el 3 de octubre de 1960 en escritura número 28867, con un capital de cinco millones de pesos. Díaz Serrano era uno de los socios principales de Permargo y miembro del consejo de administración junto con Jorge Escalante y otros tres empresarios petroleros norteamericanos, entre los que figuraba George H. W. Bush, entonces precandidato republicano en 1979 a la presidencia de Estados Unidos de América y exdirector de la CIA en 1976.

En 1988, Jonathan Kwitny, periodista estadounidense, publicó la conexión de Bush con Permargo y Díaz Serrano. La compañía obtuvo contratos con Pemex eludiendo leyes mexicanas, las cuales establecían que los contratos de perforación se contrajeran solo entre connacionales. Poco después de la publicación de los artículos de Kwitny, Bush admitió que había mantenido una relación comercial con Díaz Serrano, pero solo duró seis meses, aunque los documentos a los que accedió Kwitny para su investigación mostraron que esta duró cuatro años.

En 1992, otro periodista, Antony L. Kimery, retomando las investigaciones de Kwitny, entrevistó a varios exagentes de la CIA: «Aunque en papel la compañía parecía ser de propiedad mexicana, Bush y sus asociados camuflaron el 50 por ciento de Zapata (compañía fachada de Bush y la CIA) en acciones de Permargo [...] Bush trabajó a través de Jorge Díaz Serrano, un prominente ciudadano del que muchos mexicanos creían sería el próximo presidente de México. Menos conocidos eran sus vínculos cercanos con la estación de la CIA en México. Díaz Serrano tomó el control de Permargo cuando Bush fue electo para el congreso en 1966. Diez años después, Díaz Serrano, también pareció renunciar a sus intereses en Permargo cuando se volvió la cabeza de Pemex en el gobierno. De hecho, mantuvo sus intereses financieros en Permargo y estableció una acogedora y rentable relación para Pemex con la CIA y las compañías pe-

troleras de EU». Según las fuentes de la CIA entrevistadas por el periodista, en 1976 Díaz Serrano tomó en control de Pemex y la agencia bajo la dirección de Bush comenzó a utilizar a la paraestatal como tapadera para operaciones secretas.

A causa de esos negocios, Díaz Serrano compareció ante el Congreso en 1979: «Estaba George H. W. Bush el político, Bush el director de la CIA y Bush el empresario en perforaciones petroleras. Hice negocios con el Bush perforador petrolero», se defendió.

Las ligas entre Díaz Serrano y Permargo habían sido investigadas por la embajada de Estados Unidos en México desde marzo de 1977. «Un oficial de Permargo dijo a los funcionarios de EU que Díaz Serrano había vendido sus acciones a tres ingenieros de la compañía en octubre de 1975, un mes antes de que López Portillo fuera elegido para suceder a Echeverría», se lee en un cable desclasificado en mayo de 2009 por el Departamento de Estado.

*Jalpa de Méndez, Tabasco, junio de 2020*

## Índice

Las llamas del edén .....	7
La ruta de la selva .....	21
Laguna Larga .....	35
Cazar entre las aguas .....	45
Cómo se rescata una lengua .....	63
Los últimos latidos del mercado Pino Suárez .....	69
Las sirenas de los Bitzales .....	73
Llueve sobre mojado .....	85
Una batalla de banderas: 1 de octubre en Barcelona .....	93
La inundación de 2007 .....	103
El Ixtoc-1: el pozo petrolero que puso a prueba a Pemex .....	113





**GOBIERNO DE  
MÉXICO**

**CULTURA**

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero  
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo  
Subsecretaria  
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bespalova  
Subsecretaria  
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy  
Titular de la Unidad de  
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres  
Directora General  
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez  
Enlace de Comunicación Social y Vocero

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Adán Augusto López Hernández  
Gobernador de Tabasco

Ramiro Chávez Gochicoa  
Secretario de Cultura

Luis Alberto López Acopa  
Subsecretario de Fomento  
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña  
Director de Publicaciones  
y Literatura







*Trópico distante. Crónicas del sureste*, de Salma Abo Harp, se terminó de imprimir el 10 de diciembre de 2020, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., calle Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo, EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.





